

La merienda cívica

Se celebró con gran éxito en Madrid y en otros varios puntos de España. Barcelona, Bilbao, Málaga, Salamanca, Pontevedra, Castellón, Burgos, Logroño, Cuenca, Ciudad Real, Albacete, Irún, Valdepeñas, Calatayud, Alcázar, Villena, Orihuela, Ayerbe. No tengo hasta hoy noticia de más.

Y ahora que ya se ha celebrado esa merienda, voy a decir algo que antes callé por temor a desentonar, desmintiendo así la conducta observada toda mi vida; pues, si no estoy trascorrido, es la vez primera que he sido cómplice con mi silencio en la realización de un acto de cuya necesidad no estaba plenamente convencido.

Si será esta una señal de que a última hora voy a serle infiel a la santa a quien he rendido culto constante, la Santa Indisciplina? Sería una debilidad que me sonrojara; por lo tanto, procuraré no tenerla.

No, correligionarios, no es este el camino. Muy bien la manifestación del 28. Tuvo el carácter de protesta propio de un pueblo consciente de sus derechos. Por esto produjo tanto efecto.

Pero la de ahora no. Combatir a un gobierno sentándose en el campo a desatar los nudos de la servilleta que guarda la merienda, y creer que se realiza un acto trascendental llevándose a la boca un trozo de tortilla o un vaso de vino, es, por lo menos, pueril; y es muy serio todo lo que en España ocurre para perder el tiempo en puerilidades. Además, es algo que desentona en un país donde las gentes se mueren de hambre por las calles y por los campos.

Que así fraterniza el pueblo, y se pone en contacto con los hombres que han de conducirlo a la realización de sus deseos? El pueblo no necesita sino que se le llame para acudir; póngasele en condiciones de que pueda hacerlo en forma adecuada al objeto que se persiga, y él fraternizará en la acción.

Y no digo más por hoy. Con esto basta y sobra para que los desapasionados comprendan la intención que llevo: impedir que resuciten aquellos tiempos en que se recibía a jefes y jefecillos republicanos con flores, palomas y músicas, músicas a cuyo compás se deshacía el partido y la reacción clerical avanzaba.

Y que hay muchos republicanos que han pensado como yo en esto de la merienda, pruébalos el que en pocas poblaciones, relativamente, se ha celebrado.

Ruégoles a éstos que me perdonen la debilidad de que ha dado muestras no combatiendo desde luego una idea que juzgaba, si no perjudicial, inoportuna y propensa a ponernos en ridículo.

Hubiera callado si fracasara el acto en Madrid; habiendo resultado brillante, quiero dejar sentada mi opinión para lo sucesivo.

JOSÉ NAKENS

NOTA PESIMISTA

Mela ha inspirado la presencia en la Fuente de la Teja de Melquiades Alvarez en un coche con librea.

Y conste que no censuro esto por cursilería demagógica; soy aristócrata por instinto; sino porque, tratándose de una fiesta fraternal, ¿qué ostentará nadie otra preeminencia que la de su historia, sus servicios, o su renombre? Y esta censura la extendiendo a cuantos fueron en coche o automóvil.

Pero no es de este detalle del que quiero ocuparme; sino de este otro.

Melquiades dejó de concurrir a la reunión del 28 del pasado, porque significaba una porción de cosas con las cuales no estaba conforme. La del domingo último tenía la misma significación; era una ampliación de aquella; mejor dicho, su consagración. ¿Por qué asistió Melquiades?

Y ya que tuvo el desenfado de asistir ¿por qué el pueblo, al que había antes menospreciado, no le devolvió el desprecio? ¿Por qué lo aplaudió en lugar de haberle abrumado con su indiferencia?

¡Ay! Mientras el pueblo no responda en esa forma a los que lo hieren en su dignidad; mientras los traficantes de ideas sepan que con cuatro frases lo llevarán siempre donde les acomode; mientras vean que, sin hacer actos de contrición, y aun de penitencia, les son perdonadas sus veleidades o sus errores premeditados, ni él tendrá conciencia

de la fuerza que manda, ni ellos dejarán de tenerlo en poco. Viéranle enérgico y viril con los vacilantes y tornadizos, respondiendo con altivez a la ofensa o al insulto de los que sobre sus hombros se elevan, y no se dieran espectáculos como el vergonzoso del domingo; espectáculos que hacen dudar a los que siempre sirvieron al pueblo sin pedirle nada, si no se ganará más en su aprecio fustigándole injustamente que sirviéndole incensantemente, y si, al igual que los rufianes exaltan a bofetadas el amor carnal en las malas hembras, ciertos charlatanes despiertan a desprecios la admiración del pueblo.

Mitín grandioso

¡Bien por los republicanos de la Coruña! El mitín anticlerical que han celebrado los acredita de lo que son: republicanos sinceros, enérgicos y convencidos.

De cuantos mitines se han celebrado contra el clericalismo en estos últimos tiempos, ninguno tan importante; por lo que se dijo, por la manera de decirlo y por la decisión con que se sostendrá todo lo que en él se dijo; lo garantizan los nombres prestigiosos de Martínez Fontenla, Antonio Lens, Fernández Dieguez, Martín Martínez, López Buden, Arias, Romeo y cuantos hicieron afirmaciones claras, concretas y enérgicas contra el clericalismo. Por esto fueron aplaudidísimos por el numeroso público que desbordaba del amplio Teatro-Circo.

Dos hombres importantes no concurrirían al acto: Moreno Barcia y Rodríguez Martínez, el primero por enfermo y el segundo por ausente; pero estuvieron en espíritu.

Copiaría íntegro los discursos si la necesidad de dar salida a otros trabajos no me lo impidiera. Mas para formarse idea de cómo se habló allí, reproduciré estos párrafos del discurso de Martínez Fontenla:

«Hoy la obra del clericalismo no vierte sangre (¡ojalá la vertical!, pero vierte honra, vierte amargura. Obra del clericalismo es esta hipocresía ambiente.

Cuando se declaró la guerra a los yanquis, celebróse en la Plaza de Toros un mitín en el cual se decantó y exaltó el patriotismo. Y en el momento en que el entusiasmo había llegado a su apogeo, surgió de un palco un fraile dominico. Yo estaba allí por razón de mi cargo, pero mi espíritu se hallaba con los americanos, y confieso que lloré por dentro al ver cómo el pueblo escuchaba arrebatado a aquel fraile que inducía a matar, como un asesino y un miserable.

A mi memoria vinieron entonces todas las crueldades cometidas por los dominicos y jesuitas; aquellas víctimas de la Inquisición; la raza judía y la morisca arrojadas del suelo patrio; las figuras téticas de los ahorcados por el duque de Alba; las guerras religiosas mantenidas por los tercios castellanos; el espíritu fanático, brutal y suicida que combatió a las águilas francesas que traían aires de redención y de libertad; los apostólicos que cometieron tantos crímenes en las encrucijadas; los cadáveres de los asesinados en Olot por quienes enarbolan el báculo; las infamias cometidas en Filipinas; la figura de Rizal, víctima de los frailes; los desafueros de Nozaléda y tantas y tantas otras... Y, ¡la Coruña—que fué baluarte de la libertad, entregada a ese representante! ¡Cómo no iba a llorar yo!

Mi aplauso a los que hablaron y mi felicitación a quienes les oyeron. Si en todas las poblaciones cultas se celebraran mitines a la altura de ese de la Coruña, ¡qué pronto acabaría la influencia del clericalismo en España!

Alcalá del Valle y Ríotinto

La amnistía

Todos los periódicos liberales y todos los hombres que no sean lobos, deben pedir ardientemente por los presos de Alcalá del Valle. La amnistía tiene que cobijar a aquellos infelices obreros que, sólo por ser obreros en un país donde tan doloroso es ganar la vida, debieran ser perdonados hasta del delito de parricidio. Sólo por el hambre y el abandono y la infelicidad que sufren toda la vida la mayoría de los obreros de Andalucía, son dignos de todo perdón. ¿Qué juez, qué hombre de corazón, por hiena que sea, será mañana u otro día capaz de condenar a un obrero de las minas de Ríotinto, por ejemplo? ¿No lee nadie, ni jueces,

ni ministros, ni periodistas, ni madres tier-nas, ni padres honrados, las descripciones veraces y trágicas que viene haciendo en los periódicos Ciges Aparicio? ¿Es decir que hay que pasar, fatalmente, por presenciar las torturas de aquel infierno devorador de obreros, sin defensa de nadie, como si no hubiera ni religión, ni justicia, ni hombres en toda la patria?...

Los periódicos liberales y los hombres de corazón, deben pedir estas dos amnistías: la de los obreros de Alcalá del Valle, que llevan seis años en la Cárcel por una huelga, y la de los obreros de Ríotinto.

Estamos ahora en época de manifestaciones, con las cuales no se conseguirá nunca gran cosa en un mundo tan indecente como éste, en el que sólo gobierna la fuerza. Pero ya que no podemos tener fuerza material, con armas y todo, única manera de hacerse obedecer por los gobiernos a la manera que se hicieron obedecer los carlistas, manifestémonos, aunque sea con los brazos cruzados y con las caras altivas. Ahora que estamos en época de manifestaciones, hagamos una pidiendo al gobierno que remedie los espantosos horrores de Ríotinto, de Río tinto... de sangre obrera.

Un odio profundo, de hijo a quien le matan la madre, tengo a la gobernación monárquica. Porque España ha sido llevada a la ruina de todo. Somos la nación más miserable de Europa: no tenemos ni pan, ni casa, ni higiene, ni campos, ni escuelas, ni industria, ni ferrocarriles, ni administración, ni justicia, ni religión, ni victorias... ¡Un odio profundo!

Pero sería capaz de perdonar un poco, si viera al presidente del Consejo de ministros firmar el indulto de los campesinos de Alcalá del Valle y tomar el tren para Ríotinto.

Tenemos el suficiente sentido común para comprender que el mal no se ataja fácilmente; que hay intereses muy encontrados y que el problema es complejo. ¿Pero es que en absoluto no se puede hacer nada?

Vosotros, obreros de toda España, socialistas que estáis en contacto de corazones con los obreros de todo el mundo, ¿qué hacéis? ¿Sois también ruinas de corazón y de voluntad? Habiendo sufrido lo que se sufre trabajando al sol, en las minas, en el agua, en las máquinas, en los hornos; teniendo hijos hambrientos, enfermos, sin escuelas ni hogar, ¿estáis con esa indiferencia imbecil, delante de tanta injusticia? ¿Por qué no organizáis todos los domingos, todos, manifestaciones en toda España, pidiendo mayor piedad—¡a lo menos piedad!—para los hambrientos?

Y vosotros, católicos, apostólicos y romanos, cristianos que rezáis, ¿adónde está vuestra cristianidad, ni vuestro corazón de criaturas de Dios? El caso de España ya no es un caso de justicia; es definitivamente un caso de piedad, porque es un alma que se muere delante de nuestra puerta, en mitad de la calle, helada... ¿Dónde está vuestro corazón de criaturas de Dios? ¿Mereceis que se os mueran los hijos, y ojalá se os mueran, para que lloréis alguna vez!

«Obreros de toda España! Tenéis el deber, el honor, de pedir al gobierno por los presos de Alcalá del Valle y por las injusticias de todas las minas, y de todos los campos, y de todas las fábricas. Escribid a todos los periódicos de España, agitados los de Madrid, escribid a todos los diputados, a los ministros. Aprovechad el momento para sacar de la cárcel a los pobres campesinos de Alcalá del Valle; no habrá un periódico que se os niegue, de los que tienen alguna circulación. Manifestad vuestras ansias, pedid, alzéis de espíritu. Reunid, además, pruebas de lo de Ríotinto y clamad a Madrid, a Europa y a Dios. Pensad en vuestros hijos tristes... Y si no hacéis esto ¡prevedad de una vez, porque ya tengo el corazón cansado!...

R. SANCHEZ DIAZ

POR ÚLTIMA VEZ

Agradezco mucho que se me envíen originales; pero vuelvo a rogar a quienes lo hacen, que sean cortos los artículos, y que sólo por excepción traten en serio de asuntos bíblicos. Estoy de Biblia hasta la coronilla. De Moisés especialmente.

Tampoco quiero asuntos teológicos; aparte de que pocos saben tratarlos, créanme los que me los mandan; interesan muy poco en un periódico; cinco céntimos más en la subida del pan, o dos en el kilo de patatas, precupan hoy más a las gentes. Nos hemos vuelto muy prosaicos.

¿Cuentos y chascarrillos de frailes y curas? Vengan. Pero ¡por las once mil vírgenes! tengan en cuenta los autores que EL MOTÍN no es una sacristía, ni un patio de convento, ni un locutorio de monjas, y que, por lo

tanto, no deben traspasar ciertos límites. Comprendo que la pornografía es esencialmente clerical, mas mis lectores no son beatos para deleitarse con ella.

¿Artículos doctrinales sobre libertad, democracia, república? Convenientes son, pero no encajan. En un periódico semanal todo debe ser vida, movimiento, amenidad. Por otra parte, si no sabemos lo que es todo eso a los cuarenta años de la revolución de Septiembre, ó carecemos de condiciones para entenderlo ó nos es innecesario ya de puro sabido.

Al llegar aquí, habrán exclamado seguramente algunos de los que me envían artículos: «¿Pero qué es lo que querrá este buen señor?» Pues voy a decirlo en pocas palabras.

Noticias, comentarios de hechos interesantes; denuncias concretas de injusticias ó inmoralidades, de atropellos de caciques, de barrabasadas de curas, de todo, en fin, lo que contribuya a demostrar que España entera está dominada por unas gentes que la explotan, la arruinan, la degradan y la envilecen; pocas alabanzas, porque, desgraciadamente, muy pocos las merecen; mucho palo, porque, desgraciadamente también, los merecen muchos. Y si todo esto viene escrito en broma ó en estilo irónico, mejor que mejor. Las frases trágicas y tremebundas están mandadas recoger hace tiempo. Ni para indignarse sirven ya. Los escritos pueden ser duros, enérgicos y varoniles sin emplear palabras gordas de mal gusto.

El que quiera escribir en EL MOTÍN con estas condiciones, que lo haga; y el que no, que lo deje; bien entendido que sólo publicaré aquello que me acomode, sin dar explicaciones del por qué no publico lo demás. Tampoco devolveré los originales que no inserte; como ya he dicho en otra ocasión, necesitaría un empleado solamente para estas operaciones de devolver y contestar; tantos originales se me envían.

Y es la última vez que me ocuparé de este asunto.

A LA HORA DE CERRAR

Llega a mí la noticia (lunes, cinco tarde) de que un teniente coronel del Cuerpo jurídico de la Armada, D. Juan Macías del Real, ha presentado en el Congreso una denuncia acusando de prevaricación y malversación de fondos públicos al ministro de Marina y al Consejo de Ministros por el concurso adjudicación de la escuadra.

Sin tiempo ni medios para enterarme de más, anticipo a mis lectores la noticia.

Telegrama grave

La Junta directiva de la Confederación General del Trabajo en París, ha decidido enviar el siguiente telegrama:

«Presidente del Consejo de ministros.—Madrid.—La Confederación General del Trabajo de Francia, que ha tomado ya por su cuenta la defensa del asunto de las víctimas de Alcalá del Valle, se asocia con mayor empeño que nunca a cuantos se interesen por la suerte de esas víctimas.

En el momento en que el Parlamento español discute un proyecto de amnistía en favor de las personas presas por delitos de opinión, la Confederación General del Trabajo de Francia os pide en nombre de sus trescientos mil miembros y de toda la clase obrera que comprendáis en la amnistía que se va a aprobar a los seis obreros de Alcalá del Valle, Juan Vázquez, José Pérez, Roque Jiménez, Salvador Mulero, Esteban Aguilera y Rodríguez Muñoz.

La libertad que reclamamos por nuestros camaradas es un acto de justicia y de solidaridad, por el cual estamos resueltos a intentarlo todo, y esperamos que sea tomada en consideración la petición de los trabajadores franceses.

Os rogamos que aceptéis nuestros saludos. Por la Confederación General del Trabajo, secretario, Niel.

El firmante del telegrama ha declarado que en los mitines del 1.º de Mayo se tratará del asunto, y se procurará provocar un movimiento de opinión favorable a los seis presos. Si no se consigue así su libertad, se recurrirá a la acción directa, dando a los sindicatos de los «docks» y de los puertos la consigna de aplicar el «boycottage» a las mercaderías españolas.

El acuerdo, como se ve, reviste importancia grandísima para España.

EL ODIO SANTO

Llegó, amados y pacientes correligionarios católicos a la *derrière*, la hora de enseñaros lo que todo español buen hijo de la Iglesia romana debe odiar.

A os veo, catoliquillos dulzarrones, mandrias y blandengues, fleles chirles y de camama, que os disponéis a argüirme que la religión católica, que el cristianismo todo, es religión de amor. Ni lo *juno* ni lo *jotro*; ni el catolicismo de Roma es cristiano precisamente, ni el cristianismo fué jamás religión de amor, sino de odio.

¿Qué debemos odiar y a quién? Todo y a todos, empezando por nosotros mismos. Al que le parezca esto fuerte, que vaya a contárselo a Jesús, quien, según reza el Evangelio, dijo, y muy alto: «Yo no he venido a poner paz, sino espada.» «He venido a separar al padre del hijo y al hermano de la hermana, y a que los enemigos de cada hombre sean los de su casa.» «El que no odia a su padre y a su madre y a su hermano y su misma persona, no es digno de mí.»

Las palabras del mismo Jesús, que algo tenían de amorosas, fueron tomadas con reservas y a título de alegorías por la Iglesia; éstas de odio, a la letra desde el principio del cristianismo; y así continuamos, gracias a Dios y a sus sacerdotes. ¿Y queréis, católicos de oropel, saber más que la Iglesia?

Todo fiel cristiano está muy obligado a aborrecer de todo corazón primero que nadie a su persona, y en consecuencia al jabón, el agua, los estropajos, cepillos y peines, todo el arsenal del aseo; ítem, las comodidades del cuerpo: ¡ah! éste, sobre todo, es un cochino, es un infame.

—¿Sí?, oigo que rezonga por ahí algún oyente; pues si tan despreciable es el cuerpo, lo que haré será entregarlo a la borrachera, a la gula y a la lujuria; tal vez me afilie en la secta de Oscar Wilde, que cuenta con tantas personas devotas; el obispo señor Alcolea sabe esto muy bien y no lo ignoran muchos del Círculo católico de San José y de otros Círculos y esferas.

—No harás tal, amado Teotimo de mis pecados; porque el cuerpo es, según la sagrada Escritura, obra de Dios y templo vivo del Espíritu Santo.

—¿Hola, padre? ¿Con que eso era? Entonces, ¿cómo puede a la vez tenerse por vil, despreciable y enemigo del alma, que es obra también de Dios? La contradicción salta a la vista.

—Pero, decidme: ¿es que pretendáis una religión sin contradicciones irresolubles? ¿No queráis pocas gangas! Eso no existe; y si todas las religiones se contradicen más que los liberales españoles, la romana no había de ser de peor condición.

Después, lo primero que debéis aborrecer es al Estado, mientras sea liberal, siquiera en apariencia; el poder civil, la ley, la Constitución, el Código, las Cortes y los felatos de Consumos. Los obispos, frailes, curas y monjas os dan el ejemplo.

El prelado Cos y Macho hace informar en estrados de la Audiencia de Madrid a Torres Asensio, que si era un oscarwildeano acérrimo y un verdugo del clero, no era abogado, é incurrió, por tanto, en el Código. El mismo Cos y Macho desobedeció y desacató a un juez de Madrid, al que amenazó en público escrito con rebelarse contra la monarquía y el Estado. El obispo Guisasola quiso firmar un acta antes que el rey, allí presente, alegando que los reyes nada son ante la Iglesia; ¿y esa? ¿es gorda?

El obispo de Zamora, Ortiz, los jesuitas, los franciscanos y muchos catedráticos de Seminario, más infinitos predicadores, han colmado de injurias a los miembros de la real familia. El obispo de Tuy insulta ministros lo mismo que se bebe tragos de vino ó que manda atormentar monjas, y defiende ante el ministerio y el gobernador esa facultad de verdugo. Casañas, obispo de Barcelona, publicó una carta regia no destinada a la publicidad; el obispo de Jaca se metió con Lacierva.

Los paules meten de contrabando vacas enteras, aforadas como jalea; a las Trinitarias de Méndez no hay quien les haga pagar contribución, ni a los periódicos fraileños tampoco. El contrabando y la defraudación a la Hacienda son las dos grandes virtudes de que nos dan altas muestras nuestros sacerdotes y conventuales, cuyo odio al Estado no reconoce límites y casi iguala en magnitud a su piadosa avaricia y a su mística soberbia evangélica, otras dos virtudes hermanas del santo odio católico-romano.

Y como el catolicismo de Roma sólo es profesado por menos de una décima parte de la humanidad, tenéis que odiar a las otras nueve partes; pero con esta escala, que tiene mucho misterio; todo es misterio en nuestra religión, hasta las zapatillas de los obispos. La gradación consiste en odiar a los que no son carlistas netos en razón directa de lo que su religión a la católica se aproxima. ¿Una barbaridad, eh? Ya te oigo, catolicastro imbécil: ¿si serás tú de esos que ahora han dado en llamarse racionales?

¿Queráis tú que odiásemos con mayor intensidad y siempre descendente a los más alejados del catolicismo? Pues todo lo contrario, odiarlos menos que a nadie, aunque algo, hay que odiar a los no cristianos; más, a los cristianos medio bárbaros; mucho más, a los civilizados ó protestantes, nuestros vecinos en creencias; y más aún... vamos, ¿a quién diréis? Allí va, y agarrarse a

los católicos como nosotros, pero que no sean carlistas, ó al menos integristas. He ahí la escala santa del odio.

Padre, mucho odiar es, pensaréis; al fin y al cabo, un poquito de amor ha de tener nuestra religión. No, hijos de... vuestras madres, no, por San Vázquez de Mella y San Barrio y Mier; ¡dale con el amor! Vaya, voy a deciroslo de una vez: el amor católico es amor... al odio, a la bilis negra, a la rabia, al berrinche, a la envidia, a la desconfianza y al prójimo contra una beata vieja, ó esquina de piedra. Ya sabéis el gran secreto. ¿No os convenzo? Escuchad aún, que no he dicho lo gordo, y es, que también entre los carlistas debe existir el odio mutuo.

Los que se han hecho solidarios odian a los que se quedaron fuera de la solidaridad, y éstos a aquéllos; los del elemento militar a los del brazo eclesiástico, ó «canalla hipócrita», como los llamaba Zamalacárregui; todos estos, a los integristas y a los mestizos ó carlo-alfonsoinos. Dentro de la sociedad eclesiástica, los frailes y los jesuitas odian al clero secular, aunque es tan carlista como ellos, y ellos entre sí cordialmente se detestan en las purísimas entrañas del Sagrado Corazón de Jesús, del de María y del de San Antonio bendito.

Descendamos. Si en una misma iglesia hay dos ó más cofradías, necesariamente deben odiarse los cofrades entre sí; y las camareras de las respectivas Vírgenes ó Santas, despreciarse y llamarse unas a otras «cursis atrasadas». Cuando una pasa frente a la imagen que visten sus rivales, no le reza; lo que hace es encogerse de hombros y pasar de largo murmurando: ¡qué mamaracho!

Esto viene del ejemplo y voz de lo alto, porque en toda iglesia se odian entre sí los curas que la sirven. Si es una catedral, todos los avisperos son poco en comparación de lo que se aborrecen canónigos y beneficiados, unos y otros al obispo, y el obispo a otros y a unos, más al Vaticano que lo frte a peticiones de dinero, con amenazas y todo. Pero id a los pueblos, y veréis que los devotos de un Cristo andan a pedradas con los de una Virgen por cuál de ambas figuras de palo milagrea más.

¡Eal yo os desafío a que me mostréis una región, esfera, clase ó al menos rincón del campo católico donde el odio no sea la principal afición, donde todo individuo no odie lo siguiente: a sí mismo, al Estado, a los cristianos no católicos, a los católicos no carlistas, a los liberales, a los carlistas del otro bando, a los colegas de Cofradía, Orden ó clero, y a los enemigos particulares. ¿Os parece mucho? Pues consiente ó inconscientemente, todos lleváis, ó no sois católicos, ese bagaje de odio sobre vuestros corazones. El os conduzca a la perfección que os deseo.

JOSÉ FERRÁNDIZ

JUNTA DE RABADANES...

Un periódico reaccionario de Bilbao refresca los pormenores de una visita hecha por el monarca inglés al monasterio de Loyola.

El jefe de la protestante Inglaterra fué recibido solemnemente y agradablemente por el rector y otros padres de la Comunidad ignaciana, que transige con los herejes cuando son poderosos y amigos de hacer favores, como la Dolores de Calatayud.

Soberbios con los humildes y humildes con los soberbios son los discípulos de aquel Jesucristo que anduvo sin zurrón y sin báculo, fustigando a los potentados de la tierra.

Después de estos ejemplos, aún existen imbéciles que se asustan de las excomuniones y creen en las mil paparruchas echadas a volar por las dignidades eclesiásticas y los curas de misa y olla sobre la integerrima virtud de los principios.

Mucha fe, mucha intransigencia, mucho palo alzado contra los borregos que se asoman por el aprisco al campo liberal. Y luego los rabadanes se juntan y fraternizan a la redonda de las pieles con la bota en alto. Hacen bien, mientras haya borregos.

ARMAS AL HOMBRO

En Los Arcos, provincia de Logroño, hay un fraile escolapio de armas tomar que llama a los liberales y demócratas «hijos de Lutero».

¡Menuda descendencia dejó el fraile alemán! Yo creí que sólo eran tan prolíficos los jerónimos ó los monjes.

Además, dice que los anticlericales pretendemos arrebatarnos el cetro a Jesucristo. No hemos pensado en tal cosa; una caña, pues este era el cetro irrisorio que le pusieron los frailes y curas de entonces, no merece a pena.

Si fuese un verdadero cetro de oro y piedras preciosas, con que se pudiera deslumbrar a los incautos; una especie de báculo pontifical como el que usan los sumos sacerdotes del catolicismo, ya sería otra cosa. ¡Pero cualquiera se le adelanta a un cura en estos asuntos!

¿Que los fieles van a defender el cetro de Cristo empuñando el fusil? Quisiera verlo. Ya lo hicieron en otras épocas y les salió la burra capada.

Todas esas alharacas son frailerías y armas al hombro.

«La nación más rica del mundo es España, porque hace un siglo que sus gobiernos tienen el propósito de arruinarla y no lo han conseguido todavía.»

Si Bismark, que pronunció esa frase, hubiera tardado unos añitos más en morir, habría visto que por fin los gobiernos de la restauración conseguían su propósito.

Hosanna, hosanna

LOS SALMOS

Y cayó Maura.
Y subió Moret.
Y entonaron el Himno de Riego las mil y una trompetas del viejo liberalismo.

Y en lo más alto del presupuesto apareció una enorme cazuela, cuyo agradable tufo refrigeraba los estómagos.

Y una voz sonó en las alturas diciendo: *Venite ad me*; venid los que tenéis el hambre atrasada de más de cuatro años, que yo rellenaré vuestras barrigas.

Entonces los elegidos, uno tras otro, cogidos de los gabanes y andando de puntillas, llegaron ante el regio palacio oriental.

Y las puertas del alcázar se entreabrieron. Y los elegidos penetraron.

Y fueron acogidos con sonrisas casi benévolas unas, enigmáticas otras, irónicas las más.

Y ellos se inclinaron hasta dar con las narices en el suelo.

Y por lo que vieron y oyeron, quedaron convencidos de que si no se metían con nadie que oliese a cera y eran buenos chicos, se les permitiría pasar una temporada en el poder.

Y ellos salieron fuera y lloraron de alegría en brazos de Melquiades.

Y voló la emocionante nueva por los hilos telegráficos, llevando por doquiera dulces y sabrosas ilusiones.

Y todos los demócratas y todos los liberales del reino lloraron a moco tendido.

Entonces, allá en lo profundo de los mares y en las entrañas de la manigua, se estremecieron los doscientos mil esqueletos de los doscientos mil soldados sacrificados a lo inviolable, agradecidos a los que les proporcionaron el descanso eterno.

Y los indígenas de Fernando Pó se echaron a pensar si estaría ya cercano el día de su independencia.

Entonces los frailes, los hermanucos, los mariconistas, y las beatas, y siervas ó cieras, ó cabras, ó lo que sean, y todo el ganado extranjero de las distintas ganaderías, alzó las orejas en muestra de inquietud.

Y un redomado y escurridizo jesuita a todos tranquilizó diciendo: No haya miedo, que son demócratas embolados.

Y los arzobispos, obispos, deanes, priores y demás dignidades eclesiásticas, y aun los párrocos y simples curas saludaron efusivamente al nuevo Gobierno con aplicaciones alternadas de cada mano sobre el músculo bíceps del brazo opuesto.

Y los directores espirituales de las señoras de los ministros, presidentes de las Cámaras, subsecretarios, directores y demás altos funcionarios, las hicieron jurar que saltarían un ojo, ó dos, a sus respectivos cónyuges en el punto y hora en que creyeran notar en ellos el menor indicio de asomo de conato de intención de soñar en pensar decidirse a atreverse a osar estornudar de cara a nuestra Santa Madre Iglesia.

Y los clérigos dirigieron a las Cortes muchas exposiciones, firmadas por señoras y por niños y niñas de cuatro días de edad en adelante, protestando airadamente contra la civilización, la fatal manía de pensar y el sentido común, y exigiendo imperiosa y fieramente el restablecimiento inmediato de las saludables chamusquias inquisitoriales.

Entonces los millones de borregos y borreguitos que llenan el aprisco español con templaron el nuevo tinglado gubernamental absortos y con la boca abierta, se ignora si de admiración ó de hambre.

Y las naciones extranjeras nos miraron con curiosidad y extrañeza, no sabiendo qué alabar más, si nuestra estupidez ó nuestra falta de vergüenza.

ISAURO L. OCHOA

REMEMBRANZA

Aquel acto de violencia ennegrece las páginas de la historia. La conducta de los obispos en las cuestiones que se suscitaban entre los hijos del rey de Francia, Luis el Piadoso, a la defunción de éste en el siglo ix, ha causado con justicia la indignación de la posteridad. Oigamos sobre ello la grave palabra de un filósofo que no es enemigo del cristianismo. Después de referir los actos de la asamblea de Compiegne, dice Leibnitz:

«Así es como frecuentemente prevalecen

las malas causas en las asambleas con el pretexto de religión. Un emperador grande y piadoso es condenado a prisión perpetua por un hijo suyo a quien había dado el reino y el imperio, y por obispos a quienes había elevado desde la condición más humilde a las primeras dignidades del Estado. Se obliga a ese emperador a que se cubra de infamia, confesando crímenes imaginarios y exagerando faltas ya purgadas con una penitencia voluntaria. A aquel infame libelo se le da el valor y la importancia de una confesión; se lo imponen los sacerdotes; después lo presenta a éstos el emperador como obra suya, y ellos le depositan sobre el altar, haciendo de la desgracia de su rey una comedia impia.»

Y añade Leibnitz: «No desapruebo el que los reyes sean juzgados; todo depende del derecho de los pueblos y de la necesidad de las circunstancias; pero es imposible imaginar una escena más odiosa que la deposición de Luis el Piadoso, a menos que se lleve hasta el parricidio. Por eso la posteridad ha condenado aquel juicio inicuo, el cual no ha encontrado defensores más que entre los culpables.»

«Entre esos culpables, comenta un publicista belga, están los ultramontanos, a cuyos ojos la deposición del emperador por una asamblea en que dominaban los obispos, es un testimonio precioso del poder que sobre los reyes reclamara para la Iglesia.»

Poder que no alcanzarán, porque hoy nadie va a Canossa.

Papeles viejos

Niños presos

Para A. J. R.

Querido R.: Me acuerdo algunas veces de sus lindas y graciosas pequeñas, inocentes recitadoras de versos clásicos, morenas de ojos limpidos y alegres, abiertos sólo para los encantos de la vida; ayer me acordé más de ellas. Verá usted por qué.

Anteayer trajeron un muchacho condenado a no sé cuántos días de arresto por un juez municipal severo, inflexible, inexorable, fatal como el destino ó como la naturaleza.

Llegó el cuitado muchacho caído la tarde, llorando sin consuelo; no quiso probar el rancho y se retiró a un rincón para sollozar, sin que le distrajesen de su angustia ni la charla ni los juegos de sus compañeros.

Cuando sonó la hora de que cada cual ocupase su celda, el misero delincuente se arrojó a los pies del empleado, bañándose en lágrimas, pidiendo, suplicando que no le dejaran solo, que no le encerraran, que no apagasen la luz. El era bueno, no merecía tanto castigo, se acordaba mucho de su madre y de sus hermanitos, pedía perdón y prometía no volver a hacerlo más... Pero así como para condenarle la ley fué ley, para el encierro el reglamento fué reglamento, ó casi lo fué, porque el vigilante pasó la noche en vela a la puerta de la celda.

El niño no durmió; hasta muy cerca de la madrugada se le oyó gemir.

«Conoce usted algo que supere en tristeza al rostro, a la mirada de un niño herido de enfermedad incurable ó de deformidad física en aquella edad en que la razón va dándonos noción del bien y del mal? La inmovilidad de un cuerpucillo flaco, la infinita amargura, el insuperable y mudo dolor de unos ojos muy abiertos y fijos nos penetran en el alma como una espada y allí remueven no sé qué delicadísimas fibras. En esas miradas de insuperable desconsuelo leemos un reproche amarguísimo a todos por haberlos traído a padecer males sin remedio y sin fin...»

Pues hay algo tan triste, querido R., y eso lo he visto ayer tarde.

Un niño como de diez años, horriblemente roído de la viruela, descualto, casi desnudo, negro del sol, curtido del aire y del frío, con liviano y sucio zurrón lleno de trapos y de mendrugos, llegó a la cárcel.

Vivía con su madre en un pueblo de Castilla; murió la madre, se encontró solo, sin amparo ni cobijo, y una tarde averiguó cuál era el camino de Madrid y echó a andar por él en busca de una tía lejana que aquí vive vendiendo verduras.

Andando y pidiendo ha pasado varias semanas, hasta que la Guardia civil lo atrapó y lo entregó a las autoridades, que, como no le reclame su tía, le volverán por tránsito de justicia al pueblo de procedencia. ¡Al mismo pueblo en que no encontró ni una mano piadosa ni un hogar amigo!

¡Ay! Y aún más angustioso que el abandono del chicuelo, que su horrible fealdad física, que verle atraillado y encerrado, era su actitud. ¡Ha visto usted la agonía de alguna pobre bestezuela doméstica enferma arrojada por sus amos a la calle? ¡La vio rodeada de chicos y de grandes que la hostigan y golpean? ¡La vio implorar misericordia con la mirada, pidiendo con expresión casi humana que la dejaran morir en

los guijarros, más blandos que los bárbaros perseguidores? Pues si alguna vez presencié este espectáculo cruel, bochornoso, en el ser moribundo tiene la imagen del rapazuelo.

Su miedo, su duelo eran tan grandes, que ni aun lloraba. De pie en un rincón, abrazado al talgo de los trapos y de los mendrugos, miraba con recelo á todo y á todos, y sus negros, flacos y desnudos brazos, asiendo el zurrón en guisa de escudo, parecían repeler acometidas, amparar de golpes el cuerpecillo.

Nakens y yo tratamos de consolarle y le dimos unas monedas que besó, y entonces, con voz balbuciente y sin que la narración le arrancara una lágrima, supimos su historia. ¡Desdichado! ¡Más le valiera no haber venido al mundo, ó haber muerto con su madre!

Le filiaron, y como la desgracia parece implacable con él, fué á una celda ordinaria por estar llenas todas las de niños. ¡Ni aun en la cárcel disfrutará la triste alegría de estar toda la jornada con infelices de su edad!

Estos dos episodios sencillos, vulgares, casi diarios, me han hecho pensar en mi cobardía, en mi pasividad, en mi ineptitud; y me han hecho desear una elocuencia de expresión y un valor personal y un espíritu de sacrificio como nadie los tuviera jamás en el mundo. Si he deseado ser apóstol y caudillo para levantar con la fuerza de mi palabra á toda la humanidad que sufre, guíenla con la fuerza de mi entendimiento y de mi brazo en revolución cruenta ó inerte, revolución cual no vieran otra los siglos, revolución de la equidad, del amor, del bien...

Si yo creyera en un Dios-Providencia, gobernador de todo, cuando vi al niño de este relato, —confusa expresión de una verdad que es para vista— habría renegado de él mil veces.

¿Cuál será el crimen de este misero despojo humano para verse perseguido de tan bárbaros, de tan implacables furiosos?

Dé usted muchos besos á sus pequeños, y ojalá no conozcan del dolor sino lo preciso para estimar más la vida.

Siempre suyo,

J. J. MORATO

22 Abril 1908.

El Santón socialista

Santillán puso hace pocos días al descubierto la conducta equivocada de los socialistas en el ayuntamiento.

Al oponerse Iglesias á la creación del Teatro nacional, «por haber otros servicios más necesarios á los que podría aplicarse el dinero, tal como la construcción de escuelas, república el concejal republicano:

«Que los socialistas no pueden hablar de la manera que lo ha hecho el Sr. Iglesias, cuando es público que el único voto en contra que tuvo el presupuesto de cultura presentado por los republicanos fué el de los socialistas. Entonces se aprobó por iniciativa de la minoría republicana un crédito de medio millón de pesetas para fomento y mejoramiento de la enseñanza, y esta es la hora que no se ha podido emplear esta cantidad porque el Sr. Iglesias, ponente que es en este asunto, no ha dado aún dictamen. Lo propio ocurre con otros asuntos tan importantes y trascendentales como el contrato de trabajo propuesto por la minoría republicana desde hace tres años, y con el proyecto de Caja de retiros y pensiones para obreros municipales inválidos del trabajo, que duermen el sueño de los justos porque el propio Sr. Iglesias se ha tomado todo este tiempo para estudiarlos é informar sobre ellos.

Demuestra luego Santillán que la minoría republicana ha prestado siempre primordial interés á cuanto afecta á la higiene, á la beneficencia y á las obras públicas, y se duele de que no siempre se haya visto asistida en estas campañas del voto de los socialistas, que tienen el vicio de ser exclusivistas é intransigentes en aquellos asuntos en que no parte de ellos la iniciativa.

Siga Santillán desenmascarando á esos especialistas en farandulería obrera, y prestará un gran servicio á la clase trabajadora. Y cuente con la ayuda de EL MOTIN para esta obra de desinfección societaria.

COSAS DE PRISIONES

Desde hace algunos días busco inútilmente el paradero de ciertos expedientes instruidos contra el director y varios empleados de la Prisión Asistida del Puerto de Santa María (Cádiz), y no por faltas, como quiere suponerse, y esta es la fecha que no he podido conseguir mi objeto.

Cansado de preguntar en donde pudieran darme razón, y en donde, sin embargo, sólo recibía malas contestaciones, (cosa extraña tratándose de la Dirección general del Cuerpo de Prisiones, donde todos son modelo de esmerada educación, moralidad, pulcritud, etcétera, etc.), me veo en la necesidad de molestar al director de EL MOTIN para la inserción de este y sucesivos trabajos.

En ellos me ocuparé del régimen, alimentación, moralidad, orden que existe en

nuestras prisiones en general y en la del Puerto en particular, hasta ver si consigo llevar al ánimo de todos el convencimiento de que muchos que alardean en público de honradez y moralidad, son más merecedores de castigo que los desgraciados cuya regeneración y custodia se les confía.

Si la ley no fuera un mito para ciertas gentes, ni ella se vería constantemente burlada, ni ellos vivirían á sus anchas, haciendo del preso un simple objeto de explotación, importándole muy poco ó nada los medios, siempre que conduzcan al fin apetecido.

Por esto, cuando entre los *pundonorosos* empleados de prisiones se introduce un *novato* que pretende torpemente apartarse de las buenas prácticas seguidas por sus subordinados y quiere educar y regenerar al delincuente, hay por necesidad que anularle; y si no existen medios legales, se inventan; ó bien se preparan actos ó manifestaciones con caracteres de motín, sirviéndose para ello de individuos alcoholizados de antemano, y se forman expedientes que, ya que no para otra cosa, sirvan para poner en entredicho un nombre digno de toda consideración y respeto.

Y ¡cosa rara!, los mismos que deben mantener el orden son los que, *teniendo medios y pudiendo evitar el escándalo*, permanecen indiferentes ante él, y sólo cuando los hechos han ocurrido, es cuando hacen alarde de subordinación y disciplina, rastreadamente encubiertos por una falaz hipocresía.

Se forma un expediente más, y mientras por una causa trivial y sin importancia se rellenan pliegos y pliegos de papel, duermen el sueño de los justos los incoados con motivo de los abusos del Puerto de Santa María; y ante tamaña injusticia, ante semejante anomalía, yo me permito, desde estas columnas, preguntar al Sr. Rendueles, Director general de Prisiones:

¿Sabe tan elevado funcionario cómo y en qué se han invertido por el Sr. Fernández Pérez de Navarro las 35.000 y pico de pesetas remitidas al penal del Puerto para obras?

Como justificantes de las cuentas, ¿no pudieran existir recibos suscritos por individuos del penal, y por tanto no existir la persona que los firma sino en la fantasía de dicho señor director, administrador accidental?

¿Por qué, ni el Juzgado del Puerto, mediante proceso, ni ese Centro directivo en el expediente (cuyo paradero ignoro) han podido averiguar el crimen cometido en José Roure Galarza, José Alvarez Lorda, Antonio Jiménez, y otros?

Si acaso tropieza con algunos inconvenientes para depurar los hechos (no tan graves?) como los de la Moncloa, yo, humilde y desconocido D. Nadie, me tomaré la libertad de manifestárselos á usted, advirtiéndole que se prepare á saber cosas muy curiosas y humanitarias, de las que trataré de ponerle al corriente con tanta imparcialidad como sencillez.

JOSÉ RUTE

Juan Ayala Castellano ha cumplido la pena de cadena perpetua el 26 del pasado Marzo, y el 12 del corriente no había sido aún puesto en libertad. Está en el Penal del Puerto de Santa María.

Si alguna razón legal no lo impide, ¿por qué no se le abren los puertas? Es caso de responsabilidad y estaré á la mira.

Grajos y cadáveres

Muere una mujer en Gijón, habiendo dispuesto que su enterramiento fuese civil; solicita su viudo el permiso correspondiente, concédeselo el juzgado, y cuando aquél va á cumplir la voluntad de la difunta, se encuentra con que un señor cuervo (vulgo párroco) la ha mandado enterrar católicamente.

«Secuestro de un cadáver»; así califica el hecho la prensa local. Es poco; es una iniquidad sin nombre disponer así de los restos humanos, que se respetan en los pueblos cultos y hasta en muchos salvajes. Bueno que los curas exploten en vida á los tontos; pero avasallar á los muertos que tuvieron energía y voluntad en sus últimos instantes para sacudirse de sí las alimañas, ni debe consentirse ni, una vez tolerado, dejarlo pasar sin el merecido correctivo.

Las autoridades no castigan semejantes atropellos, porque se trata de personas emancipadas y pobres. Si fuese al revés, si se tratase de ricos y alguien los enterrase contra sus disposiciones laicamente, los católicos pondrían el grito en el cielo y la autoridad daría con los huesos del que tal hiciera en la cárcel.

Unanse los pobres, amigos ó vecinos de los atropellados; exijan la debida responsabilidad á esos ladrones de muertos; reclamen y griten ante la justicia, pidiendo en derecho que terminen de una vez tales escándalos. Por que si no, ahora que la religión se ha convertido en industria descaradamente, estamos expuestos á que los clérigos empleen nuestros huesos anticlericales

en refinar azúcar. No desperdician ni las piltrafas esos grajos de la fauna hominal; desde la cuna hasta el sepulcro, todo lo convierten en sustancia.

PATRIOTISMO CLERICAL

El 18 de Abril de 1808 recibe el rey un mensaje enviado por el Cabildo de la iglesia colegial de Alcañiz, en el cual y á nombre de todo el clero de la misma, se presta homenaje de obediencia y respeto á José Bonaparte.

«Nuestra pobreza—dice— no nos permite presentarnos al pie de vuestro Trono para tributar personalmente á V. M. nuestros más justos y sinceros obsequios. Como ministros que somos de la Religión cristiana, adoramos los designios de aquel Señor que rasga las banderas de los Reyes, y los ata á la cintura una soga, y en cuyas manos están los muros; nos gozamos de que reine sobre nosotros V. M., porque estamos íntimamente persuadidos de que, así como vuestro hermano, en el mismo campo de batalla, formó el alto designio de restablecer el cristianismo en todas las Galias, del mismo modo en España, donde V. M. lo halla establecido, esperamos que brillará más y más á la sombra de vuestra soberana protección.»

Suscriben este mensaje, cuyos son los párrafos extractados, José Serra, Joaquín Exea Miguel, Pascual Antonio Gómez, José Blanc y Pascual González, todos canónigos.

PRIMERO DE MAYO

Dijo un sabio que siempre que se limpian las charcas se alborotaban las ranas; y como en las corrientes obreras hay muchas ranas que viven, sabía yo que al llevar á la práctica mi higiénica iniciativa, ó lo que es lo mismo, al tomar parte el republicanismo en el movimiento obrero, habrían de surgir dificultades, para mí fáciles de resolver.

Yo quiero hacer constar, en prevención de los acontecimientos venideros y como mordaza que haga callar á los que pregonan la unión obrera, que nosotros, los obreros republicanos, no hemos apartado de nuestro lado á nadie, que sólo queremos presentarnos el primero de Mayo unidos á los demás en un campo neutral para no beneficiar determinadas ideas políticas en perjuicio de otras distintas, que en uso de nuestro libre pensamiento podemos defender los demás.

A tal iniciativa no cooperan los socialistas, y los anarquistas, olvidando que nuestros abogados defienden sus presos, nuestros oradores ocupan sus tribunas para combatir á los gobiernos que les persiguen y apresan, y que nuestros diputados defienden frente al gobierno el derecho de los anarquistas á defender y propagar sus ideas; olvidando todo esto, repito, declaran que no pueden ir del brazo con los republicanos; y viendo que tanto el socialismo como el anarquismo lo que pretenden es imposibilitar al gran partido republicano quitándole las masas, y no pudiendo ni debiendo tolerar que eso ocurra los obreros republicanos, urge tomar actitudes en defensa de nuestras ideas y partido con igual derecho que defienden las suyas los demás.

De aquí que las entidades reunidas y conformes en llevar á cabo la idea, deben de seguir su obra y organizar el acto ó actos que mejor crean, dejando que los anarquistas y los socialistas carguen con la responsabilidad de ser los que dividan y perturban las clases trabajadoras.

Basta de dar lugar á que unos y otros nos califiquen de mansos corderos á los obreros republicanos, al ver la facilidad con que nos llevan por donde quieren. Tengamos presente que nosotros somos los más, y que nuestros programas no son sueños fantásticos irreales, sino reformas de inmediata aplicación y de brillantes resultados para las clases trabajadoras.

Por eso, si los abandonamos, por no disgustar á los unos y á los otros, mereceremos el calificativo de cobardes.

Para terminar; los socialistas, el primero de Mayo, quieren ir defendiendo su socialismo; los anarquistas, su anarquismo. Vayamos, pues, nosotros defendiendo nuestro republicanismo, haciendo uso de la gran prensa, que jamás nos olvidó, de nuestros sabios, círculos y organismos, y hasta de nuestros representantes en Cortes, elementos suficientes para organizar un grandioso acto, como principio de un nuevo movimiento de grandiosa transcendencia para la República y para las clases trabajadoras.

JULIO DÍAZ

El cura de la parroquia de Cancienes (Avilés) se ha negado á confesar á una mujer porque vende *El Noroeste de Gijón*, al

que califica de impío por haber relatado las hazañas del piadoso cura de Baldornon que escabechó al joven aquel.

Me aterra pensar en las consecuencias que tendría esa negativa para esa pobre mujer, si perdiera el apetito.

Pero comiendo con las ganas que lo hace, no advertirá detrimento alguno en su salud.

Se lo aseguro yo, que soy voto en la materia.

Dos confesiones

I.

Alcoba lujosa; suelo alfombrado, lecho suntuoso con ropas finísimas; luz tamizada; ambiente perfumado y amplios sillones de terciopelo. En la habitación inmediata se perciben tímidos sollozos y cuchicheos. Entra el confesor.

—¿Cómo va ese valor, hijo mío?

—¡Ay padre! Muy mal; me muero sin remedio.

—No es para tanto. De la enfermedad de usted han salido infinitos que andan buenos y sanos por esas calles. Yo así se lo he pedido á Dios con gran fervor; pero, en fin, usted es buen cristiano y no le asustan los sacramentos, que dan la salud del alma y muchas veces del cuerpo; pudiera citarle mil casos.

—Sí, padre sí; quiero confesarme; tengo un gran peso sobre la conciencia. ¿Nos oirá alguien?

—Nadie más que Dios y yo, que le represento en este caso. Empiece usted.

—Padre; yo he sido un gran pecador toda mi vida. No ha habido infamia con que no me haya manchado... He difamado, he pervertido mujeres, he causado la ruina de muchos inocentes, me he apoderado de bienes que no eran míos... ¿Cómo presentar aquí el vasto catálogo de todos mis crímenes?... Quisiera en esta confesión, la única sincera que he hecho en mi vida, desplegar ante usted todos los horrores de mi existencia; pero no puedo, sólo veo sombras, transgresiones por todas partes. ¿Cómo borrar en un cuarto de hora treinta años de pecado continuo? ¡Oh, Dios mío, qué tristeza!

—No se aflija; en estos casos la Iglesia dispensa de la integridad de la confesión. Comprende que haya usted cometido faltas; era usted joven, rico, educado en medio de una sociedad corrompida...

—Pero es que...

—Nada; esté tranquilo. Vea que está usted arrepentido, y yo, en nombre de Dios, le perdono todos sus pecados y le abro las puertas del Cielo.

—Sin resarcir los daños causados?

—El arrepentimiento los resarce. La misericordia de Dios es infinita y se alcanza con las buenas obras.

—¡Ah, padre, qué feliz me hacéis! Ya me he acordado de ustedes en mi testamento; les cedo mi posesión de Robledo, los cortijos de la Encina y...

—Bien, bien; descansen y hasta luego. Pienso que Dios le espera con los brazos abiertos.

Al salir, la familia rodea presurosa al confesor.

—¿Se ha confesado, padre?

—¡Es un santo!

Las señoras prorrumpen en sollozos y los hombres se miran conmovidos.

II.

Sala de un hospital con dos largas hileras de camas; suelo frío, húmedo y cubierto de manchas; lecho pobre con toscas ropas; luz irritante que penetra por grandes ventanas; olor á ácido fénico; junto á la cama una silla de paja. En los lechos de al lado se oyen gemidos, toses y suspiros. Aparece una hermana de la Caridad seguida de un clérigo que va fumando.

—Este es el enfermo que quiere confesarse. No se entretenga usted mucho, que todavía faltan siete. Hasta luego y buena mano.

—Vaya con Dios, sor Tiburcia.

El cura se sienta en la silla, todo lo lejos posible del enfermo.

—Vamos á ver, ¿qué tripa se le ha roto?

—Quería confesarme, padre. Las señoras de la Junta me lo han estado diciendo todos los días; pero yo no sé nada de estas cosas; nunca he ido á la iglesia ni he tenido tiempo para ello... Ya ve usted, tenía que ganar el pan de mis hijos y...

—Si, comprendido; se pasan ustedes toda la vida maldiciendo á la iglesia y los curas, y ahora, en cinco minutos, quieren ir ustedes al cielo vestidos y calzados. ¡No serán pocas las infamias que habrá usted hecho!

—No lo sé, padre; pero yo creo que no. No he difamado á nadie, no he tenido más mujer que la mía, he educado bien á mis hijos, nunca he mentido ni he robado un solo céntimo. A la iglesia no iba, es verdad pero era porque...

—Porque era usted un impío y un sectario de Satanás, y de este modo no se va al cielo, sino al infierno, donde le esperan á usted apenas de las boqueadas. Sin misas, sin sacramentos, sin venerar al Papa, á los obispos, y quizás leyendo periódicos impíos, liberales y blasfemos no se puede esperar la misericordia de Dios. Usted es un incrédulo y yo nada tengo que hacer aquí... Es inútil que suspire usted y que lloriquee; toda una vida de impiedad no se borra con

hacer una comedia de confesión. Ea, aliviar.

El cura se aleja. Sor Tiburcia le sale al paso:

—¿Qué tal?

—Es un ateo, un tizón del infierno.

La hermana hace un gesto de repugnancia y murmura:

—¡Si ya digo yo que aquí no viene más que gentuza! ¡Lástima de bien que se les hace!

FRAY GERUNDIO

¡Viva el ridículo!

¡Ay, amor, cómo me has puesto!

No tuerzan más el gesto y muestren hosco el semblante los españoles expatriados que habitan en el Brasil. Desarruguen el ceño. Alegren sus negros y atribulados corazones. Entonen himnos de gratitud y alabanza al Bienestar y a la Dicha.

Ya no hay en el Brasil ancianos, huérfanos y viudas españolas sin amparo; inválidos sin medios de subsistencia; hombres sin trabajo, hambrientos y andrajosos; colonos robados y maltratados; perseguidos que reclamen apoyo y justicia.

Ya no hay quien solicite un socorro con que volver a la Patria, ni quien pida protección ni amparo, ni quien se queje de morosidad en la resolución de graves asuntos administrativos que afectan a intereses hereditarios.

Ya no hay quien reclame contra el tramposo rasero con que se median en otro tiempo los españoles; ni quien diga que las autoridades entienden que para pagar todos son buenos, mientras que para obtener apoyo casi todos son malos; ni quien se queje de la inexistencia de representantes de España en importantes territorios del país; ni quien sostenga que los pocos que hay, tienen desarrollada en exceso su pasión al dinero; ni quien diga que no llegan aquí más que empleados que vienen a llenar un vacío en su carrera para medrar; ni que hay cuestiones patrióticas que atender, ni asuntos de importancia que estudiar, ni problemas económicos que resolver.

Felizmente, ya desapareció todo motivo de queja, de disgusto, de malestar entre la familia española domiciliada en el Brasil. Su progreso aturde, anonada, espanta...

Sólo algún analfabeto, algún bellaco, algún mal patriota, algún estúpido, algún malvado, puede negar que la abundancia, el bienestar, el sosiego, la ventura, se han posesionado de la Colonia española.

Sólo algún ignorante, algún malandrín, algún envidioso, algún ser envilecido, algún canalla, podrá ignorar que la importación de productos españoles en el Brasil ha aumentado en grado sumo; que los buques españoles salen de aquí abarrotados de pasajeros y carga; que se han concedido garantías especiales a los artículos de toda clase que vienen bajo pabellón español; que se han mejorado las comunicaciones postales; que se han creado organismos que acrecientan la vida de relación entre España y el Brasil; que ya se pueden hacer giros y remitir objetos industriales por el Correo; que se han efectuado beneficiosos tratados de comercio; que se han arrancado de las Poderes públicos brasileños concesiones especiales a favor de la emigración española; que se han resuelto importantes problemas políticos que ayudarán a afianzar el crédito y la influencia de España en la América latina.

Aunque digan otra cosa, aunque digan que todo está peor que estaba, aunque digan que los españoles creen que sus autoridades no saben lo que se hacen, ni lo que hablan, ni lo que piensan, lo cierto es que la verdad es la verdad, y la verdad es lo que dice el *Correio da Manhã*:

«En las ruedas diplomáticas y sociales de Petrópolis han causado un suceso ruidoso las conferencias literarias del doctor Manuel Múltedo, ministro español.

El ilustre diplomático, que es también fino cultor de las letras, teniendo ya dado a luz varias obras, realiza hoy, a la tarde, en el salón de Mme. Hermano Ramos, otra conferencia sobre «El amor místico».

Cuando todo un Ministro de S. M. Católica dedica su tiempo a dar conferencias sobre el amor místico, es prueba de que ya está todo hecho y que no quedan más negocios que tratar y resolver que los que se refieren al amor. Sólo cuando el espíritu se encuentra tranquilo, satisfecho del cumplimiento del deber, puede dedicarse a escarceos literarios y a concebir obras que causen suceso ruidoso, o ruidosas manifestaciones concernientes al parto del amor místico, o aunque sea del amor libre.

Y siendo eso indiscutible, es lamentable que no se sepa a ciencia cierta a qué obras alude el *Correio da Manhã* que el «fino cultor de las letras» haya dado a luz, para aplaudirlas y ensalzarlas. Se supone que no tratarían del amor carnal.

Un representante de España que ha sido acreditado y ha estado en comunicación constante con el Vaticano, no ha podido dar a luz ni dejarse envolver en cosas tan sumamente mundanas y tentadoras como el amor y la carne. No hay duda. S. S. sólo pudo pensar en el amor puro, en aquel amor celestial que hizo célebre y santa a la insigne escritora de Avila, a la divina Teresa de Je-

sús. ¡Quién sabe si también morirá santo su señoría, ya que no pueda vivir virgen! Barrruntos se tienen de ello, por más que los maliciosos hayan sacado punta a la inocentísima circunstancia de que un hombre se dedique a dar conferencias sobre el amor, aunque sea místico, en casa de una señora, aunque sea respetable.

Místico o carnal, lo indudable es que el señor ministro se dedica a disertar públicamente sobre el amor; y cuando un personaje de su altura, todo un representante de la hispana tierra, gasta el tiempo en esos menesteres o meneos, es prueba de que no lo necesita para otra cosa, pues no tiene nada que hacer.

Regocijémonos, toquemos los pífanos, saltemos y bailemos de contento, que el dios de las Bondades ha inundado de ellas a la Colonia española del Brasil. Estamos en el Paraíso. El egregio representante de España se dedica a dar a luz productos de amores... místicos!!!

Bien mirado, es mejor que el Sr. Múltedo se dedique a ese, que a otros infecundos ministerios.

Vale más que se entretenga en amoríos seniles (que al fin y al cabo algo enseñan y divierten), que a perjudicar con medidas estrafalarias y llenas de unión monacal la ya demasiado perturbada, fustigada, abandonada, asendereada y escarmentada Colonia española.

LUCAS GOMEZ

Río de Janeiro, 22-3-09.

Obispo bullidor

Creo que se arrepentirá la prensa liberal de los elogios que en alguna ocasión ha prodigado a ese obispo buscarruidos (me refiero al de Jaca), después de haberse enterado de lo que ha dicho contra ella y en favor de la reaccionaria en Logroño. Sin esos elogios, únicamente lo conocerían en su diócesis; mientras que ahora, envalentonado con ellos, el ciudadano se cree un apóstol de la Buena (Cochina) Prensa, y se atreve a cometer todos los crímenes de dición y de intención propios de todos los apóstolos religiosos.

El mitin, que dió en una iglesia, porque ahora es en ellas donde los clericales celebran sus mitins, lo dedicó entero a combatir la prensa liberal y ensalzar y pedir para la otra.

Excitó a sus oyentes a que hiciera cada uno exámen de conciencia y se preguntase: «¿Ahora compareciera ante el tribunal divino y no tendría que acusarme de algo con respecto a la prensa católica?»

Si realmente hubiera sido un compromiso el que, al ponerse al habla con Dios, le hubiese preguntado: «¿Comprabas *El Universo*?—No, señor.—¿Y *El Correo Español*?—Tampoco.—¿Y *El Siglo Futuro*?—Nunca...—¿Y tienes la poca vergüenza de presentarte ante mí? Al infierno es a donde debiste dirigirte derecho. ¡Anda, anda para allá!»

¡Qué ridículo y qué irreverente al par, es todo esto! Tanto, como cruel y anticristiano el decir que Dios no dejará sin premio la dádiva de cinco céntimos, no para vestir al desnudo, sino para comprar un indecente papel de esos.

Todo lo que el de Jaca dijo tiene la misma exactitud que esto: «Como los católicos somos pobres porque no queremos las ventajas que proporciona la inmoralidad...»—Decir eso sabiendo que todos los ricos aparentan ser católicos, y que él cobra unos cuantos miles de duros de sueldo, además de inexacto, es ya el colmo de la frescura. ¿Y por qué ese sueldo? Por ofrecernos una cosa que no existe: la bienaventuranza eterna.

El decir que cada periódico de cinco céntimos le sale a la empresa por siete, es también una falta de veracidad. Si lo dan a tres a los vendedores y no tienen anuncios apenas, ¿cómo viven? ¿arruinándose, entrampándose, estafando? Porque el dinero que le saquen a los obispos...

Aquí encareció a los católicos que no anunciaran sino en periódicos clericales, y que no llevaran a los liberales ni las esquelas de defunción, añadiendo:

«Cuando vayáis a algún comercio, sobre todo las señoras, que a veces son más valientes que los hombres, decid al comerciante: no he visto su anuncio en mi periódico, que es el periódico de una clientela que le favorece, y tengo derecho a ello; si no, no volveré.»

Cuando veáis comerciantes que anuncien en los buenos periódicos, decidles: «si compro aquí este género, es porque le he visto anunciado en mi periódico», y así le estimularéis y tendrá buen cuidado de no retirar el anuncio.»

Convertir el templo en sitio de reclamo, como los sacamuelas el pescante del coche! Es declarar la palabra divina en bancarrota.

Como no acabaría si fuese a comentar todo lo que dijo respecto a la propaganda que debe hacerse de los periódicos neos, apuntaré algo de lo que habló respecto a elecciones:

Dijo que el católico que se abstenga de votar, no es capaz de nada, ni debe esperar nada de Cristo. Esto último ya lo sabíamos. En el capítulo CLX del Evangelio de San Marcos hay un artículo (el 523) en que se lee textualmente: «Y el católico español que en el siglo XX no vote al candidato que le señale su obispo, que no espere de mí sino

algun disgusto;» de modo que, como ve el de Jaca, en esto nada nuevo nos ha dicho.

«Deben los católicos presentarse con valor en las urnas.» Aquí le faltó valor a él para completar la frase: Y con trabuco.

«El católico que no es político, no cumple en estos tiempos con su obligación. Yo me atrevería a proponer que a todo católico que no obedeciera a los deberes políticos, se le expulsase de la Iglesia.» Lo que traducido al lenguaje neo equivale a decir: «el que no sea carlista lo echaremos a patadas.»

El haber recibido el lunes el *Diario de la Rioja*, que inserta el discurso, una hora antes de comenzar el ajuste, me ha impedido comentarlo más despacio y con más extensión; pero con lo dicho basta para formarse una idea de lo que ha sido, y de la falta de sentido y de dignidad de todos los que, liberales en más o en menos, no se deciden de una vez a combatir el clericalismo a toda hora y de todas las maneras, llegando, si es preciso, hasta a faltar a nuestros deberes para defender nuestros derechos.

Carta abierta

LA MANIFESTACIÓN Y LOS PABLISTAS

Sr. Director de EL MOTIN.

Muy señor mío y distinguido correligionario:

Ruégole la inserción de la siguiente carta abierta en el semanario de su digna dirección.

Salud y República.

Madrid 12 de Abril de 1909.

JOAQUÍN VILLAGRASA

Compañero director de *El Socialista*: he leído el último número del semanario de su dirección y como obrero consciente (que creo lo soy), protesto enérgicamente contra sus apreciaciones referentes a las personas que tuvimos el honor y el gusto de acompañar al Sr. Sol y Ortega en la manifestación del 28 del pasado.

Fuimos muchos, muchos obreros pertenecientes a entidades domiciliadas en la casa del Pueblo, y fuimos porque entendíamos que nuestro deber era ir; y si muchas entidades societarias domiciliadas en Piamonte, 2, no fueron oficialmente, fué contrariando el deseo de sus mayorías, que me consta asistieron individualmente. Colectivamente, ¿cómo iban a asistir? Los que os tituláis socialistas, os habéis apoderado, poco a poco, (vientre de buey, paso de lobo y hacerse el bobo), de todas las Directivas del Centro Obrero; una prueba: en una de las sociedades, quizá de las que más afiliados tienen, se eligió la Directiva, compuesta en su mayoría de socialistas, por 19 ó 20 votos, y la Sociedad se compone de 1.300 a 1.500 asociados; pero se citó a Junta General ordinaria, fueron los de siempre, y se eligió la Directiva como en las Sacramentales, y por este estilo sucede en todas.

Sois mil y pico socialistas, y ¿podéis decirme cuántos de vosotros hay que no ocupen un cargo retribuido en ese Centro?

Así es que os habéis apoderado de Directivas y cargos retribuidos; tenéis una ética y una moral a la altura de la impugnada por Sol y Ortega en el Senado; de modo que, en buena lógica, vosotros hicisteis lo que debíais, no ir a la manifestación. ¡Vosotros, sois vosotros! Y nosotros, somos nosotros; y nosotros somos los que fuimos, los que cotizamos, los que trabajamos las nueve horas, los que sostenemos el Centro y sus chupóteros, y no somos ni queremos ser ni de Directivas ni chupóteros.

En la manifestación, los obreros protestamos contra la moralidad de Maura en la dirección de España, y contra la moral vuestra en la dirección de la masa obrera.

Vosotros los que no fuisteis para educarnos en la lucha contra el burgués, en vez de escuelas nos habéis edificado un palacio (y los que vivimos en habitaciones inmundas somos sus copropietarios). Vosotros, en vez de procurar abrir a los socios (en ese palacio) en primer lugar la biblioteca, habéis abierto el café, el restaurant; vosotros, en fin, gastáis o habéis gastado 1.000 pesetas en una bandera y pedís 500 para no sé qué a una Sociedad, mientras compañeros vuestros mueren por inanición en las calles y en las casas; pero vosotros, sois vosotros. El pueblo os va conociendo, y el día que llegue a conoceros del todo habrá que veros. Y por último, compañero director; me consta que la manifestación fueron concejales que no van contra el presupuesto de cultura, comerciantes que no roban, taberneros que expenden buen vino, maestros albañiles que no tienen culpa de que las Sociedades no se faculten para ser ellas las contratistas de obras, centros instructivos republicanos que en muchos de ellos se educan 300 niños de ambos sexos, y obreros como yo que somos conscientes, y vamos por andamios a luchar por la vida.

Para terminar, una frase de mi querido amigo D. Juan Bautista Puig, director de las escuelas del Hospicio de Zaragoza: «Cuando luce el sol se retiran las luciérnagas.»

JOAQUÍN VILLAGRASA

Madrid 12 Abril 1909.

ANDANDO POR MADRID

Los tranvías.

No sé por dónde empezar. ¡Tanto habría que decir de ellos, ya aisladamente, ya en sus relaciones con el público! No parecen hechos para prestar un servicio, sino para hacer un favor.

Llama usted para subir, el conductor mira si viene otro coche detrás, y para ó no para, según le parece. Si el servicio va retrasado, ya puede usted ponerse chichonera. ¡Qué velocidades! ¡Qué paradas en seco! ¡Qué arrancadas! Los pasajeros son lo de menos; el caso es no perder minutos.

Para descender es lo mismo; avisa usted al empleado, y si no está de conversación, ó discutiendo con un viajero, ó escribiendo el parte, ó cobrando, le dispensa el honor de tirar del timbre... después de la parada, y tiene usted que andar un ciento de metros más.

Ya su instalación fué lamentable. ¿A quién se le ocurriría disponer las paradas en medio de las calles? Para tomar un tranvía es preciso que salga usted de la acera y atraviese media calle. ¿Acaso se pensaba que los tranvías eran para la gente de coche? El argumento de que cerca de las aceras son más peligrosos, cae por su base desde el momento en que en las calles por donde va cerca es donde no han ocurrido accidentes. ¡Cuánto mejor sería llevar los tranvías próximo a las aceras y las paradas de coches en los centros de calles!

Del orden de marcha vale más no hablar. A pesar de los cartelitos de «Llevar la izquierda» los tranvías van como les place, y hay calles con cuatro vías, tres a un lado del eje y una al otro. Así ocurren atrancos a diario.

La Puerta del Sol tiene once agujas y diez y seis cruzamientos; atraviesan en sentido del menor eje cinco vías y en sentido longitudinal seis. No hay posibilidad de pasar un coche sin verse detenido por un tranvía, ó varios, y así todas las tardes se interrumpe el tránsito y hay cuestiones permanentes entre cocheros, tranviarios y municipales. No es sólo la circulación la que sale mal parada; cada curva y cada aguja se unta con frecuencia de grasa, que los limpia-vías sacan y dejan sobre el pavimento para que coches y peatones la extiendan; untan grasa en el suelo para hacer una raya, que con el polvo y las capas sucesivas llega a tener tres ó cuatro centímetros de espesor y sirve para marcar a los conductores el sitio de parada. Completa la limpieza el riego que extiende y salpica, con gran contentamiento de sastres y modistas.

No pretendo que se arregle, ni que se haga la vía circular que el periódico *Las Novedades* publicó, ni nada que represente gasto para el Municipio; pero, ¿qué inconveniente hay en que los limpia-vías recojan lo que sacan de las agujas y lo echen a la alcantarilla en vez de dejarlo sobre el pavimento; ni en que se ponga un indicador de metal embebido en el asfalto en vez de la raya de grasa?

No voy a censurar a los concejales que no ven estas cosas. Ellos ya hacen bastante con nombrar inspectores, vigilantes, etc., de tranvías; pero sí he de hacer varias observaciones.

La subida y bajada a los tranvías se hace por donde a cada cual le conviene; sólo se lleva con algún rigor en la parada de la Puerta del Sol de los tranvías de Cuatro Caminos, que no permiten los conductores ni los vigilantes subir por la plataforma delantera. Esto da lugar todos los días a varias polémicas, porque a pesar de la prohibición suben por ella empleados, guardias, vigilantes sin uniforme y policías, lo cual hace que el público proteste, y con razón. Al que paga se le obliga a ir por la subida posterior y a los gorriones se les considera. ¿Quién sostiene a la empresa, los que pagan ó los que abusan? Por eso decíamos al principio que parece que nos hacen un favor con dejarnos subir.

Y ya que hablo de autoridades y tranvías, ¿no les parece a ustedes que sería mucho mejor que todos pagasen? Es un verdadero abuso el que cometen los guardias y vigilantes; se ponen donde más estorban, molestan al que sube ó baja, y como si el tranvía fuese suyo, no respetan para subir ni las tabillitas de «Completo.» En conversación perpetua con el conductor ó con los carteros ó los ordenanzas de telégrafos (únicos que debían tener pases), ¡qué de lindezas dicen! Palabrotas, groserías, proposiciones a las mujeres... y si se les hace una indicación, contestan: «Ahora no estoy de servicio»; es decir, para no pagar alegan su cualidad de autoridades, y para convertir la plataforma anterior en una taberna de ínfima categoría, no están de servicio.

JUAN PÉREZ

(Continuará.)

RIOTINTO

EN LA "CORTA"

El Círculo retiembla. — Una casa sitiada por los trenes. — ¡Aviso a los propagandistas! — Vuelan los montes. — Los péndulos humanos. — El callado heroísmo.

El calor enerva y abruma en Riotinto. Rodeado de montañas que evitan el libre soplo de los vientos, el sol cae como una lluvia de fuego, y las innumerables locomotoras que por el fondo de los abismos, por los bancos de los montes tajados y por todas partes corren transpirando ardores, aumentan la temperatura.

¿Adónde ir sin conocer a nadie, cuando los hombres están todavía en sus oficinas, talleres y trabajos, y no se ve un alma por las calles, y toda la actividad está muerta en el pueblo y difundida por los alrededores?

A falta de mejor refugio, el curioso viajero tiene que acogerse al Círculo, donde los camareros dormitan. Frente a frente están las calles derribadas; más allá, los hombres trabajan como pigmeos en las tareas de la «corta». Con el silencio ambiente contrastan los ruidos de afuera; los silbidos no dejan de rasgar los aires en todas direcciones; los trenes pasan con el duro sacudimiento de sus férreos vagones, más estrépitosos cuando van vacíos que cargados; por la izquierda llega un persistente martilleo sobre cuerpo sonoro; también se oye el rumor de las potentes máquinas paleras cargando el mineral; también otros rumores más profundos, mucho más lejanos, como el detonar constante de una batalla donde sólo juse la artillería...

En medio de tanto ruido, el Círculo retiembla levemente. Luego aumenta la trepidación, y de la ventana próxima caen sobre mí granos de cal y de arena. ¿Estaré seguro? En el pasado desastre al Círculo también le tocó lo suyo, y ahora contemplo con recelo la gran grieta que baja por la ventana dividiendo el edificio en dos mitades.

—¿Por qué retiembla tanto la casa?—pregunto a un camarero que despierta.

—No sé. Quizás barrenos de la contramina.

La casa ha debido de retemblar tanto, que un temblor más no la derribaría; pero la prudencia me ordena salir pronto. ¿Adónde voy?... Lo único que a estas horas puede distraerme son los trabajos de la «corta». Aun a riesgo de que los guardas me expulsen por tercera vez, recorro las calles que desplomó el hundimiento. Allí, al término, junto a la ancha sima abierta para hurtar a la tierra su cobre codiciado, quedan los tristes restos de una casa, y a su sombra encuentro a un hombre tiznado, que fuma contemplando a la gente que en la «corta» trabaja. Es un mecánico que espera a la sombra de las ruinas las averías que ocurran en las locomotoras de aquella sección para ir a repararlas.

—Me permitirá estar aquí?—le pregunto.

—Por mí... Tenga cuidado con los guardas... ¿Quiere ver los barrenos?

—Disparen esta tarde?

—Ya no pueden tardar; a las seis.

—¿Dónde?

—Allí; frente a nosotros.

Durante diez minutos me va explicando hasta dónde llegaba el pueblo años pasados y hasta dónde la montaña que están cortando. Para extraer el mineral fueron derribando casas, y en su lugar ha quedado un gran vacío, la ancha sima que ahora nos separa del monte donde van a disparar los barrenos.

—Por este sitio—me dice indicando un punto de la mira—ocurrió años pasados una cosa muy graciosa... Ahí había una casa habitada por su propietario. La Compañía quiso comprársela y él no accedió. Le ofreció doble, y nada... El hombre se empeñaba en que le diesen mucho más... ¿Y sabe usted lo que hizo la Compañía?

—Algún disparate.

—Sí, señor; pero que se lo merecía por ambicioso. La Compañía le cercó la casa con doble vía férrea. Los trenes pasaban cada segundo silbando y abriendo las válvulas al confrontar con ella. Entrar o salir era peligrosísimo, y no había hora en que los chiquillos del dueño no corriese el riesgo de morir aplastados... El hombre se atemorizó, y a los pocos días quiso enajenar la casa por lo que le habían ofrecido... La Compañía se hizo la sueca, y siguió lanzando los trenes alrededor del edificio... El pobre señor creía volverse loco entre tantos peligros y ruidos, que no le dejaban dormir... Pidió lo que estrictamente valiese la casa, y la Compañía siguió sorda, y los trenes rodando y rugiendo y amenazando derribarla con el incesante trepidar. ¡Con treinta mil reales tuvo que conformarse! ¿Qué le parece?...

—Que las gasta buenas la Compañía.

—Con ella no se puede jugar... Pues oiga usted lo que hizo con un propagandista que vino de Huelva. Andaba visitando estos lugares con unos amigos, y de pronto, ¡pum! un barrenos como un cañonazo a pocos metros de distancia... Las piedras volaron por el aire, ellos se arrojaron en tierra, y aun así fué milagro que escapasen ilesos...

En este momento suena un toque de bocina en la montaña frontera.

—Los barrenos van a empezar—me dice el mecánico.

Los hombres que trabajan en los bancos se retiran y esconden en los repliegues y oquedades del monte. La primera detonación suena ronca y se dilata por el espacio, levantando polvo y expulsando una lluvia de piedras. En seguida suena la segunda, y durante algunos minutos sólo se oyen cañonazos ensordecedores que despedazan la montaña y hacen retremblar con violentas sacudidas el lugar donde estamos. Nubes espesas de pólvora y polvo envuelven el monte y ocultan la ancha sima.

—¿Cuántos han sido?—pregunto a mi compañero.

—Diez y nueve.

—Y tremendos...

—Figúresel... Como cargados con 75 kilos de pólvora.

—¿Entre todos?

—Cada uno. Los barrenos los abren de metro y medio de profundidad, los atacan con cartuchos de dinamita, y con un aparato eléctrico los hacen estallar a la vez. La dinamita dilata, pero no rompe, y hay que volver a cargar. Los grandes senos que abre se llenan con pólvora—75 kilos los que ha oído—les ponen una mecha, y estos barrenos son los que vuelan el monte.

—Y si la mecha es mala?...

—Se corre pronto, y con el monte vuela el hombre que pega fuego a las mechas.

En este momento se acerca un trabajador y dice al mecánico que se ha roto no sé qué tornillo a la máquina palera, y me deja solo. Allí enfrente vuelve a sonar la bocina, y los trabajadores salen de sus escondites formando larga fila en un banco. La nube de pólvora y polvo se ha disipado, y en el lugar de los barrenos se ven bloques amontonados, paredes desgarradas.

Ahora va a empezar el trabajo de los «saneadores».

Unos desenrollan largas cuerdas y las tienen por un extremo; otros se atan por la cintura y se desprenden monte abajo, apoyándose en las piedras salientes. Con la palanca que llevan en la diestra van derribando las partes de monte resentido que el barrenos no tumbó. Así, colgados sobre el precipicio, suben y bajan, van y vienen, oscilando como péndulos. Hay ocasiones en que una piedra cae de la altura y les destroza la cabeza; hay otras en que la cuerda se rompe y el péndulo se estrella en el otro banco o baja rebotando 200 metros.

Pero este trabajo es más imponente para el que lo presencia que peligroso para el que lo realiza. Ni siquiera es raro que en vez de atarse, el trabajador forzado se lleve la cuerda a la mano izquierda y así se lance en el precipicio. Las piedras desprendidas las elude con suma habilidad y tiene buen cuidado de que la cuerda sea nueva para no romperse...

Más peligroso es sanear bajo tierra. Los barrenos dejan cuarteado el techo de la galería, y hay momentos en que una piedra desprendida por la palanca arrastra detrás veinte toneladas de escombros. El experto saneador sabe lo que ha de ocurrir, pero no puede retroceder mejor que el militar ante el enemigo. El techo, para evitar posteriores accidentes, ha de quedar limpio y bien saneado. El obrero ataca con la palanca; unas veces logra vencer, eludiendo el peligro; otras, el bloque atacado cae, pero arrastrando muchos más; el saneador queda enterrado bajo ellos, salvando con su muerte la vida de los que por la galería han de circular.

M. CIGES APARICIO

Paso de comedia

En la pasada Semana Santa, los actores de Madrid introdujeron una novedad en su capilla: instalaron un diorama, obra de Muriel, el escenógrafo que pinta decoraciones para todos los teatros, incluso los sicalípticos como Esclava, y dispusieron que la iluminación corriera a cargo del electricista de Apolo. Este fué el clou de las atracciones «monumentales» el día de Viernes Santo.

Como los coliseos sin consagrados estaban cerrados esos días por obra del novísimo Reglamento, y como el espectáculo religioso dado en la capilla de actores no desmerecía de los teatrales, y la entrada era gratuita, se fueron allá la mar de pollos, gomoseando alrededor de las mesas peticorias, que estaban presididas por afamadas y graciosas tipples pertenecientes al género chico.

Y chita fué la que allí se armó, por si unos sietemesinos católicos intentaron o no seguir, desde las pantorrillas de cierta *divete*, el camino recto y seguro que lleva al cielo.

La autoridad detuvo a dos chicos de quince y diez y siete años, respectivamente; ellos pagarán las culpas de los mayores. Y todo porque *se colaron* en un teatro místico, pretendiendo imitar a los curas que tienen ama y demás.

Si se prendiese a todos los clero-sátiros que van por teatros y cines olisqueando faldas y lo que cubren, buena leva se podría hacer. ¿Qué tiene, pues, de particular esa aventura de dos o más chiquillos en un oratorio teatral, con bambalinas y actrices apetitosas, como preparado adrede para ex-

citar el gusto de los muchachos y aun el de los hombres maduros?

Ellos no han hecho voto de castidad ni aun de abstinencia de carne. Y si se la presentan bien aderezada...

Flor peruana

Se llama el fraile Francisco Hurtado, tiene treinta y siete años, cuello de toro, rasgos fisonómicos que revelan al sátiro empedernido y pertenece a la Orden de la Buena Muerte, instalada en Lima.

Se llama la víctima, que sedujo en el confesonario, Dorlisa Gordillo, de quince años, bien parecida y con un gracioso hoyito en la barba.

Dióle palabra de renegar del catolicismo y casarse con ella; la tonta se lo creyó, y en la misma iglesia, frente al altar mayor donde se guarda la custodia, y en presencia de vírgenes, santos y bienaventurados...

Días después, la joven indicóle que cumpliera lo ofrecido, él se excusó, y ella abandonó la casa de su madre por temor a que descubriera su falta.

La amiga en cuya casa se refugió aconsejóle que procurara el castigo del culpable; la madre, al enterarse, puso el grito en el cielo, consiguiendo que se decretara la prisión del libertino; la fraileira puso en juego todas sus influencias y apeló a todas las arterias; el Hurtado fué puesto en libertad y entabló querrela criminal por difamación contra el periódico *Fray K. Bezón* que había relatado minuciosamente el escándalo, y contra la joven deshonrada por calumnia.

La madre de ésta se ha querrellado contra el fraile por seducción, y las personas honradas del Perú esperan que la justicia caiga sobre él.

Estaré atento a lo que vaya resultando de este proceso, para ver si también en el Perú pueden los frailes cometer cuantos atropellos quieran.

Creo que no; mas si ocurriese, habría que llegar a la conclusión de que, donde quiera que se habla la lengua castellana, el fraile explota, domina, deshonra y degrada impunemente.

Cristo por tierra

Iba el Jueves Santo el Cristo de la Veracruz en hombros de unos hermanos de su cofradía en Arcos de la Frontera, cuando ¡pataplún!, se cayó de las andas y se rompió una porción de partes de su divino cuerpo.

Asistido inmediatamente por el médico Sr. Porrúa y por el carpintero Sr. Huertas, pudo salir el viernes otra vez en procesión como si nada le hubiera ocurrido.

No me explico la intervención del médico; pero como hay tantas cosas que no me explico en asuntos religiosos, porque a lo mejor resultan misterios, no le doy gran importancia a la anomalía.

En cambio me pareció muy oportuna y muy justificada la intervención del carpintero. Tratándose de un Cristo de madera, la azuela, el escoplo y el martillo, ayudados de la cola, pueden influir poderosamente para ponerlo de nuevo en condiciones presentables.

Por cierto que la caída y fracturas de la imagen inspiraron al cura Sr. Pérez unos apóstrofes de primera, lanzados contra los cofrades del Cristo. «¡Todo aquello había ocurrido, por falta de fe! La culpa la tiene quien entrega santos a estos salvajes!»

Y los salvajes lloraban desconsolados! Algunos hubo que derramaron por sus ojos tristes doble alcohol que destila en seis horas un alambique de los más perfeccionados.

Hacen mal los curas en insultar a los que, si no fueran salvajes, no se prestarían a ir cargados como burros. Y de no prestarse, tendrían ellos que ejercer de acémilas.

Y aunque no desempeñarian mal el cargo, siempre les sería más molesto que ir cantando tranquilamente en las procesiones. Aparte de que no habría procesiones si no hubiera salvajes.

Prudencia, pues.

CATOLICISMO CON GORRO

Hay en Avilés un concejal republicano, llamado David, que, si no el arpa como su homónimo bíblico, toca el piporro clerical con gran maestría.

Cuando el Ayuntamiento acordó este año asistir a la bendición de los Ramos, el *gachó del arpa*, digo, el del piporro, remachó el clavo pidiendo que no faltase al acto ningún concejal. Se conoce que la idea de recrear sus sentidos contemplando el verde, despierta en él místicos entusiasmos.

Desgraciadamente no es este caciquillo republicano el único que en Avilés desputa por lo clerical; hay tantos, que muchos correligionarios, al oír lo que se habla en el Casino del partido, llegan a dudar si están en él o en la iglesia.

Mientras no se curen todos los republicanos de la manía (ó cuquería) de pasar por católicos ante el vulgo (y llamo vulgo a todos los clericales), no iremos a parte alguna.

Están convencidos todos de que representan una comedia aparentando catolicismo, pero les falta valor para romper con la rutina y la costumbre, ó para disgustar a su señora, ó para afrontar orgullosamente la nota de impíos.

Porque creer yo que pueda ser católico de buena fe ningún hombre que crea que el poder emana del pueblo y no de Dios, eso no lo creo aunque lo jure el propio interesado. A menos que no sepa lo que es ser republicano, ni lo que es ser católico. Que bien pudiera darse este caso.

¡A juir tocan!

Al entrar el Viernes Santo la procesión en la iglesia de Pinos Puente, el párroco se adelantó hacia el púlpito para dirigir la palabra a los fieles.

Dos chiquillos se liaron en aquel instante a cachetes, se dió la voz de alarma, y aquello fué el delirio; gritos, carreras, empujones para ganar la puerta, hojas de navajas que salen a relucir, la Guardia civil que entra, los curas corriendo hacia la sacristía, los santos que venían de la calle mezclados en la refriega recibiendo encontronazos y tambaleándose... Y a todo esto el párroco siseando en el púlpito sin atreverse a bajar, por si acaso.

Calmado el tumulto, que duró más de diez minutos, bajó mi hombre la escalera, se metió en la sacristía y dijo que no predicaría así lo hiciesen pedazos.

He notado que en ninguna parte como en los templos se asustan las gentes al menor ruido y se atropellan furiosamente por verse en la calle cuanto antes. Parecía natural que nada temiesen hallándose en la casa de Dios, rodeados de Santos, Vírgenes, Cristos, etcétera. ¡Pero, sí, sí! ¡Vayanles con ese cuento! Se les baja la fe a los talones y escapan como demonios.

¡Qué oscuro es todo lo que con la religión se relaciona! Sin duda por esto los curas y los frailes tropiezan y caen tan a menudo en la senda del pecado.

En varias industrias de Villanueva y Geltrú se trabajó el jueves y viernes Santo.

Como el trabajo es lo más santo, obraron santamente.

En cambio el alcalde se dedicó a asistir al montaje de los misterios, al *via crucis*, a los oficios, a los sermones agónicos, etc., etcétera, ocupando en tan útiles y civilizadoras tareas a los guardias municipales.

Lo cual que les vino muy bien a los que el viernes penetraron en pleno día en un estanco de la calle de San Sebastián, llevándose todo el dinero que encontraron.

Todas las gentes de mal vivir sacan algún provecho de las fiestas religiosas.

Las dos Españas

Los proletarios, los labriegos, los que de la fábrica ó de la tierra tienen que sacar el alimento, dicen que en España no se puede vivir. Los de la clase media lanzan igual exclamación. Los intelectuales también. ¿Es que porque gritan tanto tienen razón? Vámonos a verlo.

Alegan que el trabajo escasea y está mal remunerado; que las subsistencias están carísimas—más que en ningún otro país—á pesar de ser pésimas en extremo; que las viviendas andan por las nubes, no por su altura sino por la elevación del precio de los alquileres; que el vestirse con ó sin decencia cuesta un ojo de la cara; que para refocilarse un ratito á la semana hay que gastar dinero que hace falta para llenar la despensa y apagar el hambre de los hijos que piden pan; que las víctimas de la miseria, del frío, son innumerables y aumentan de día en día; que de todos los puertos de la nación salen á diario buen número de buques conduciendo centenares de emigrados para las Américas y el Africa, y que los gobiernos ni se alteran ni se preocupan por eso, como diciendo ¿y qué nos importan á nosotros vuestros sufrimientos? Así, dicen, de las venas de la nación hispana van escapándose á torrentes los glóbulos rojos que le debían dar calor y vida, y van quedando los blancos, los que indican la pobreza y la debilidad.

Ese cuadro, así narrado, te inspirará, lector querido, lo mismo que a mí, la idea de una España misérrima, inculta, bárbara y madrastra de sus hijos. Pero, examinando

bien el asunto, confesarás que te engañas, o mejor dicho, que nos engañamos.

Veamos ahora el reverso de la medalla y hagamos notar los contrastes. Poco a poco te convencerás cómo la España pobre y miserable es una ilusión de tu estómago vacío, de tu cerebro hueco.

De Francia, de Alemania, de Inglaterra, de África, de Italia, del Asia, de todas partes, acuden á nuestra nación, con tanta injusticia llamada porti-bárbara, bandadas, ejércitos de frailes, de jesuitas, de curas, de gente que se viste por la cabeza y piensa con el vientre. Notarás que ellos, celosos ministros del humilde pobrete de Nazaret, se construyen edificios magníficos, palacios grandiosos; que la industria por ellos explotada alcanza gran desarrollo; que sus caras están lustrosas, redondas y coloradas; que su número se multiplica en razón directa de la despoblación; que sus riquezas dejan tamañitas á las de Creso; que todo para ellos es felicidad, bienestar, alegría, sin una nube que empañe ó turbe su dulce far niente.

Compara esa humilde clase religiosa, columna de la sociedad y timón que guía á las almas á la salvación eterna, con la otra, con la revoltosa, con la pediguña, con la heredera de los sudras y parias antiguos, y verás cómo hay dos Españas, la una próspera, la otra miserable; la primera explotada y descubierta por los mansos corleiros símbolos de la inocencia; la segunda maldicienda, vilipendiada por los que se van, por los que emigran, por los que no encuentran trabajo ó teniendo que mueren de hambre.

Ahora decid quién tiene razón, si los tirios ó los troyanos. Yo creo que los que la llevan son los que no maldicen á España, los que rezan, ó aparentan rezar, todos los días, los que imploran á Dios con sublime arroboamiento el pan nuestro de cada día; no los otros, los que no se acuerdan de la divinidad mas que para pedirle cuentas y amenazarla con los puños cerrados y los ojos brillantes, con la boca contraída por los retortijones del hambre... Si, España es rica; lo que hay es que no sabemos explotarla como esas blancas palomas, TODO CARIDAD, ABNEGACIÓN, ALTRUISMO...

LEOPOLDO MASCARELL

Madrid, Abril 909.

SOBREVINO UNA PENDENCIA

Sin duda para ahogar la pena que la pasión de Cristo les causaba, los socios de una Hermandad envasaron en Loja una cantidad de vino que los alegró un poquito. Y ya en estado climatérico, pusieron á discutir si la imagen de la Virgen de su devoción debía salir ó no á unirse á la procesión tradicional que todos los años en la ciudad se celebra.

La discusión se elevó á disputa, y después de muchos dimes y diretes, triunfaron los que se oponían á la salida por temor á que la Virgen se mojase por fuera, jellos que tan mojados estaban por dentro, pues amenazaba lluvia; tal horror le habían tomado aquella tarde al agua.

Cuando, refrescados algún tanto, vino la calma á los cerebros de donde la había ahuyentado el vino que ahogó su pena, cayeron en la cuenta de que la procesión había recorrido las calles sin figurar su imagen venerada, y ni cortos ni perezosos, y á pesar de que ya todos los santos descansaban en sus alojamientos respectivos, sacaron á la calle su bamboleante Virgen y la pasearon seguidos de doce ó catorce devotos cirio en mano, á los acordes de una música ratonera.

¡Y poco que se rieron los que tropezaron con el cortejo, en el que lo ridículo iba unido á lo irreverente!

Esto no quiere decir que la fe disminuya en España, pero sí que las borracheras influyen en todas sus manifestaciones, sobre todo los días en que se conmemoran el nacimiento y la muerte de Cristo.

Lo reconozco imparcialmente.

Salvajada

Bien por haberle tocado número alto en el sorteo de quintas, bien por haberse librado de los hechizos que eran culpa de su enfermedad, bien porque la dampiembra fulana se negase á ser su prometida, bien por causas parecidas, unas prósperas, otras adversas, es el caso que en Arroyo del Puerco (Cáceres) se dan todos los años el día del Jueves Santo espectáculos parecidos al que voy á relatar.

A las siete de la noche sale de su casa un ciudadano con seis ú ocho reales en el bolsillo, se dirige á la cárcel, alquila unos grillos, se los pone, se cubre la cara con un pañuelo, y al salto que le permiten los hierros llega á la iglesia, se arrodilla, desnudo de media pierna abajo, ante el Cristo, reza, si es que sabe, y deposita en metálico en la impertérrita bandeja la ofrenda que hizo.

Hecho esto, sale el penitente del templo, y maneja al casco acompaña la procesión

por toda la carrera, sin que nunca falten en las calles curiosas ó beatas que, por conoecerle las unas, ó por fortalecerle las otras, le ofrezcan dulces y vino.

¡Y las autoridades consienten estas salvajadas que los curas alientan y cobran!

¡Ay, España mía! ¡Horroriza pensar en lo que has sido, al ver lo salvaje que estás aún!

Tres casos

En La Enseñanza, colegio de niñas dirigido por monjas, en Vigo:

La hermana á una niña.—Dime, Carmen, ¿por qué faltaste ayer?

La niña gimoteando.—Está muy malo mi hermano.

—¿Qué tiene?

—Que al salir de un baile le dieron anteanoche una puñalada en un costado.

—Me alegro; le está bien empleado por ir á esos sitios.

El suceso dió mucho ruido en Valladolid. Un capellán de monjas abusó bárbaramente de una muchachita. El Radical se ocupó del asunto.

leyendo estaba este periódico la criada de cierta señora muy adicta á los jesuitas, cuando se presentó ésta y preguntó:

—¿Qué lee usted?

La criada, un poquito azorada, contestó:

—Pues vea la señora; estaba enterándome de la hazaña cometida por el cura con la niña.

La señora hace un gesto y exclama:

—Buen remedio; que no se hubiera dado.

Empieza á obscurecer. La hora de formar se aproxima, y los reclusos de la cárcel de una ciudad castellana pasean atropellándose, pues el patio es chico para que puedan circular con holgura.

Una de las ventanas del piso superior se abre, y por ella asoma la cabeza D. Quintín, capellán del establecimiento, quien contempla el patio colmado de seres humanos, hijos de Dios como él, bautizados como él, y, por lo tanto, hermanos suyos, y la vista de tanto desgraciado sólo le sugiere este pensamiento:

—¡Cuánto perro! ¡Lástima de pan que están comiendo!

Estos tres casos prueban que la religión inspira sentimientos piadosos, humanitarios, justos y delicados.

E. D.

Desde Arboleda

Sr. Nakens: Creemos hacer un gran favor á la causa que defendemos publicando un hecho verdaderamente escandaloso ocurrido en este Concejo de San Salvador del Valle (Arboleda); y para ello nos dirigimos á usted, por si tiene á bien publicarlo en su valiente semanario EL MOTIN.

Existe en este barrio un colegio dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Es también Patronato de obreros, y, por consiguiente, á él acuden muchos que vienen á trabajar á esta zona minera, en vista de que, ingresando en él, les proporcionan trabajo antes que á ningún otro.

El objeto primordial de los Hermanos es restar fuerzas al socialismo y al republicanismo, y ya se han dado casos de que varios asociados de esos Centros, en vista de que ingresando en el Patronato eran mejor considerados, allá se han ido, y hasta se han llevado á sus hijos. Pero como no conocen bien á esta gente de ropa negra y babero blanco, á veces no les sale la cuenta según ellos desean, y, claro está, al menor tropiezo se caen.

Estos Hermanos suelen llevar los domingos á paseo por las afueras á los chicos que asisten á las clases, y como los alumnos de la de música que pertenecen al Patronato no pueden ir por tener que tocar en la banda, los han dado de baja en la escuela cristiana, diciéndoles de paso «que ellos eran los amos de España, y que procurarían salir por el hambre á todos los que profesan ideas democráticas, pues si de Francia les han echado, de aquí no los echarán».

Son muy valientes con el débil, que por comer un pedazo de pan reniega hasta de su dignidad de hombre; pero, con el fuerte, con el que tiene arraigadas en su corazón las ideas librepensadoras, con ese no pueden ellos ni toda su ralea. Tienen sentimientos muy rastreros, pero no importa; el pueblo se vengará algún día de su ruindad y su miserable conducta.

Y vosotros, socialistas que negáis el problema clerical en España, ¿no os da vergüenza atacar tan duramente al partido republicano por burgués, dejando á esos vampiros que se vayan apoderando de todos los centros de enseñanza, y aun de producción? Y vosotros, republicanos, liberales, demócras-

tas, ¿no os llená de amargura el ver que el jesuita manda en todo, hasta en el hogar, mientras vosotros miráis con indiferencia estas cuestiones?

Hay que luchar, Sr. Nakens, sin descanso, por nuestra dignidad de hombres libres, si no queremos llevar como estigma afrentoso el dictado de eunucos y castrados que nos aplicó Costa.

Salud le desean los republicanos de esta barriada.

Aunque viene firmada la carta, no publico los nombres, porque no sufran perjuicios los que me escriben. Me basta con saber que ellos no tienen reparo en que se publiquen.

Cristianismo en acción

Dos niños, ella y él, de diez y seis y once años respectivamente, que apenas aparentan tener doce y ocho, sobrinos del cura párroco de Miengo (Santander), Manuel Baró, huyen del tío por malos tratamientos.

Los vecinos se compadecen de estos infelices y los socorren con algún dinero, que les permite sustentarse durante varias horas de caminata y tomar un billete del ferrocarril hasta la capital de la provincia. Desde allí se trasladarán á casa de sus padres, que viven en una aldea de Burgos.

Pero interviene la autoridad en Bezana y los hace regresar á casa del tío, quien los recibe evangélicamente á palos.

El chico, gracias á su ligereza natural, utilizada por el hambre que le había hecho pasar el tío, pudo esquivar los cristianos golpes; pero la muchacha, como perteneciente al sexo débil, sucumbió. No quiero decir que salió muerta de la paliza; pero sí contusionada.

¿Y el cura? Tan campante. ¿Y los Tribunales de justicia? Bastante le importan al clérigo batallador. Fué carlista en activo y se acostumbró á desafiar las leyes. Doce veces ha comparecido ante los Tribunales desde que desempeña la parroquia y empuja las máximas de Cristo, y como si no; siempre tan tieso.

En el mismo Juzgado tuvo la osadía de conminar con las penas eternas á una anciana que le reclamaba daños y perjuicios por no sé qué fechorías... Niños y ancianos son constantemente víctimas de su apostólico furor, en la calle, en la iglesia; trata á todo el mundo como si todo el mundo fuese su hermano ó su hermana, porque ésta también se halla incluida en el reparto de tortas piadosas y fraternales...

Todo lo que hace ese cura merece condenación; mas esto no quita para que yo disculpe su furor por la fuga de los sobrinos. ¿Sabemos, acaso, con qué objeto los tenía á sulado? Respecto á la sobrina, casi casi podría adivinarse, y el Señor me perdone si me equivoco. Y en cuanto al sobrino, quizás pensara hacer de él un cura á su imagen y semejanza, trabaucare, insultador, bruto y escandaloso. ¿E iban ellos con su fuga á hacer abortar planes tan santos?

Disculpemos su arretrato, y pidamos fervorosamente al Señor que lo metan en la cárcel como autor de un delito de lesiones complicado con varios escándalos públicos.

Hay que pedir justicia hasta para nuestros enemigos.

Me envían la Hoja correspondiente al 30 de Enero de un almanaque de pared, y en ella leo:

«Cada vez que considero lo que es un republicano, sin poderlo remediar me echo al bolsillo la mano.»

Me explico perfectamente ese movimiento en el clerical que escribió la copia. Había robado un reloj á un individuo que no conocía; le dijeron que era republicano, y desde entonces, siempre que ve á uno que profesa esa idea, se echa mano al bolsillo creyendo que es el dueño del reloj y va á reclamárselo.

Vulgaridades místicas

¡Vaya un tío campechano el capellán del Hospital militar de Ceuta!

En una carta-circular dirigida á las señoras de la población para que se asociaran al Septenario de los Dolores de María, dice: «que las invitaba á acompañar un ratito en esos días á la Reina de los Mártires, que tan cariñosa y desinteresadamente se asoció á la gran obra de nuestra Redención».

¿Han visto ustedes nada tan sencillo, tan franco? ¡Acompañar un ratito á la Virgen! ¡Delicioso!

¿Y lo del cariño y el desinterés con que ella se asoció á la gran obra? No puede hablarse con más vulgar llaneza de eso que llaman los católicos alto misterio.

Toda la circular está llena de conceptos parecidos; á lo tío Diego. Trata á la Virgen como si fuese una vecina de su casa. Y termina de este modo:

«El que suscribe no sabe cómo saldrá de este laberinto en que se mete, porque esta Capilla no tiene fondo ninguno; así es que, la verdad, no pide para los gastos; (conste), pero aceptará con muy buena voluntad lo que le den; unos céntimos, por ejemplo, ó alguna vela, con alguna señal, para devolver los cabos, con el fin de que resulte espléndida la iluminación, tanto del Septenario, como del Monumento.»

Aquí ya el cura se revela de cuerpo entero; él no pide, pero si se lo dan para salir del laberinto, lo aceptará con buena voluntad. No puede exigir mayor abnegación.

¿Y lo de devolver los cabos? Se conoce que los demás curas se quedan con ellos, y por esto él se cura en salud, ofreciendo no imitarlos.

En fin, que algunos curas, y todos los frailes, como la religión les llena la olla, se creen autorizados para hablar de ella como se habla de los asuntos de cocina.

Si las religiones no causaran tantos males ¡qué divertidas serían!

El clericalismo en las prisiones

Como si el pobre recluso no tuviera bastante con los horribles sufrimientos de la cárcel ó el presidio, la audacia clerical, disfrazada con el manto de la misericordia, se complace en atormentar á los infelices privados de libertad, visitando en pandilla las prisiones, metiéndose en las celdas y husmeando en todos los rincones de los establecimientos penales, con infracción manifiesta de las prudentes y sabias disposiciones que ordenan el uso del capuchón, para que de nadie extraño sean conocidos los reos condenados ó presuntos.

En Valencia ha llegado el abuso de estos catequistas de menor cuantía, hasta el escándalo de pertenecer á éstas cuadrillas menores de edad. El pretexto que ha podido decidir la aquiescencia y tolerancia de las autoridades, ha sido el del bien material ó moral que los presos pudieran recibir. Realmente lo que a mí se quiere tapar con el manto de la caridad es la infame coacción y la propaganda carlista.

En las librerías católicas de Chirivella, Badal y alguna otra, hay grandes cajas buzones, donde el mismo recalcitrante deposita periódicos carlistas, semanarios fraillunos, hojas de propaganda antiliberal y antidinástica, libros y folletos de autores integristas y cuanto de más ruín y miserable producen literariamente el jesuitismo y la Acción católica, y estos impresos son los que en las cárceles y presidios reparte la catequesis como exclusivo fin de su farisaica misericordia.

Recientemente, estos lechuzos de la escuela levítica se han atrevido á proponer al rematado Mulero, una de las víctimas propiciatorias de Alcalá del Valle, que agoniza en la enfermería de San Miguel de los Reyes, que confiese y recibiera los sacramentos, á cambio de la decidida protección que se dispensará á los suyos, y de hacerle un buen entierro y unos suntuosos funerales.

Mulero, á pesar de hallarse al borde de la sepultura, ha tenido la entereza y la energía de rechazar las proposiciones de aquellos farsantes, afirmando y ratificándose en el culto á su Dios, que no es otro que el Dios del obrero, repitiendo con indomable convicción: que rechaza absolutamente el catolicismo y toda religión positiva, que quiere morir como vivió, libre su conciencia de todo prejuicio religioso, y que su cadáver sea entregado á las personas que designó, ante notario, para que reciba sepultura en el Cementerio civil.

Siempre es vituperable y odiosa la coacción, pero cuando se ejerce con hombres privados de libertad por ministerio de la ley, es infamia; y si se emplea con un recluso postrado en el lecho de la muerte, es infame. No, á las prisiones no debe alcanzar este género despreciable de propaganda; los reglamentos proveen á los presos de capellán para que ninguno se quede sin satisfacer, si es católico, sus necesidades espirituales, y de un personal idóneo, honrado y moral, que con su trato y sus consejos le regenere.

Huelgan esas pandillas de neos, carlistas é integristas que sólo van á perturbar el orden de los establecimientos penales y á hacer su negocio, y es ya tiempo de que se les prohíba rotundamente la entrada en cárceles y presidios, aunque sólo sea en estricto cumplimiento de la ley.

EL PUEBLO

Correspondencia particular

Galisteo.—A. L. R.—No me hago eco de las denuncias que me envían personas que no conozco ó que no son suscriptores directos á EL MOTIN.

Pozoblanco.—S. R.—Idem id.

SECCIÓN AMENA

Las enaguas de la Virgen

Tenía el cura puesto todo su interés en que su sobrino Antoñín hiciera voto de castidad, trocando la esteva y el arado por la teología. Pero ya era tarde. Antoñín se moría de ansias por aquel pedazo de gloria que se llamaba Pepa y era la alegría del pueblo. ¿Cómo decirle a su tío que estaba loco por Pepa, para la cual quería trabajar toda la vida como un bestia, antes que hacerse cura de misa y olla?

Y lo peor del caso no era esto, porque más grave mal sentía al ver al señorito del pueblo, hijo del cacique, *chicoleando* a la moza sin respetar el inmenso dolor de Antoñín, que se mordía los puños a solas de las rabias que pasaba por romper el alma a aquel señorito de *confitura*, según decía.

Estaba el pueblo de fiesta. Por todos lados rebotaban la alegría y el alborozo peculiares en todas.

El salón de sesiones del Ayuntamiento lo había destinado la Comisión de festejos para celebrar un concurso de bailes clásicos del país, donde las más frescas y rollizas mozas y los más aguerridos mozos irían a disputarse el premio. No faltaba tampoco al campeonato el concurso de gaitas y tambores, donde convergía toda la atención de Antoñín. El iba a poner también a prueba sus pulmones en el *roncón*, en competencia con otros de reconocida fama.

¡Jijú!.. El salón del Ayuntamiento estaba invadido por lo mejorcito del pueblo, que interrumpía frecuentemente con sus aplausos al sin par Antoñín, que tañía la gaita haciendo un verdadero derroche de florituras puestas en una música alegre y juguetona que le retozaba un alma. Y era que Pepa, mirándole con mucha insistencia, como si quisiera comérselo con los ojos, inspiraba a Antoñín en sus melodías. ¡Diablo de moza! ¡Para que se viniera el cura con latines!

Antoñín acabó su alborada en la gaita haciendo un verdadero alarde en la última nota, una nota *filada* que parecía un interminable quejido de su alma dolorida. Y cuando había concluido y se limpiaba el sudor con el pañuelo de hierbas, el público, que aún conservaba en el oído las reminiscencias de la gaita, prorrumpió en un tremendo *jijú*, que era la proclamación del campeonato de Antoñín.

—¡Rediós!—decía él para su gaita.—¡Lo que pue el querel!..

De todas las bailadoras que se habían presentado al concurso, ninguna como Pepa había llamado más y mejor la atención; más, porque bailó y saltó como un «peón» sobre aquellos «pies de almendra»—que decía Antoñín;—y mejor, porque en cada pirueta que daba hacía lucir adrede unas enaguas que eran un primor de bordado.—¡Viva lo güeno!—¡Duro! ¡Viva la Pepa, retoño!

Y todo el público echaba piropos a las enaguas de la rapaza, la que, cada vez más alegre, animaba los zarzuelles en un baile voluptuoso con un contorno de caderas, haciendo ondular sus turgentes pechos que le costaba trabajo contener en el escote del corpiño, pues muy a menudo tenía que echar la mano para que no se le escaparan del ajuste que inútilmente pretendía aprisionarlos. Era Pepa una real hembra para que no se llevara de calle a toda la rusticidad del pueblo.

Atónito miraba Antoñín aquel pedazo de turrón que parecía tener en la boca; pero su atolondramiento no tuvo límites cuando se fijó en las ricas enaguas de la moza. Aquello fué para Antoñín el acto espasmódico del día.—¡Si serán, si no serán!—discurría viéndolo de vez en cuando y como a la luz de un relámpago las enaguas de la Pepa.

¡Rediós!.. No podía más... Se ahogaba en aquel sitio, y de dos brincoes se puso en la calle, camino de la Rectoral. Su tío se quedaba en la zambra y mientras tanto podía a solas enterarse de todo.

Subió las escaleras de la Rectoral de cuatro en cuatro y entró en las habitaciones del cura. El arcón donde se guardaba el vestuario de los santos estaba cerrado. Las llaves las tenía su tío.

Dió al arcón algunas patadas y puñetazos para abrirlo. ¡Imposible!.. Lleno de ira buscó algo con qué acabar pronto la tarea y lo encontró. Un hacha más fina que un rayo. De dos hachazos hizo trizas el arcón.

Buscó con verdadera fiebre... Todo lo desmenuzó... No, no estaban allí... Y eso que él mismo las había colocado cuidadosamente hasta la festividad próxima.

Pasó entonces por su mente un torbellino de ideas, dudas, recelos... ¡Su tío, aquel tío tan empeñado en encerrarlo en el Seminario!.. ¡La lucha diaria y constante sobre el mismo tema!.. ¡Los hermosos ensartes de corales que lucía Pepa!.. Todo le hablaba a Antoñín con una elocuencia abrumadora... Sí, sí, era un bestia; un mentecato que nunca supo decir nada a la Pepa y moría de celos por causa del hijo del cacique... ¡Buen cacique te dé Dios!.. El enemigo lo tenía en casa... ¡Era su tío! ¡Su tío, que había llegado hasta el extremo de poner a la Pepa las enaguas de la Virgen!..

J. D.

Los ojos de la santa

Cierto andaluz sevillano que le daba un susto al miedo por su mentir soberano, viéndolo con un arcadiario la catedral de Toledo, coro y claustros recorría, altares examinaba, y a creer lo que decía,

de todo cuando miraba, de todo en Sevilla había.

Amostazado el vicario y harto de tragar veneno, al bajar del campanario le llevó junto a un armario de santas reliquias lleno.

Y allí, sacando una llave, abrió las hojas con maña, y...—Por si usted no lo sabe, de esto no hay en toda España, dijo el cura en tono grave.

—¡Veremos!—el sevillano respondió con mucho *aquel*, mientras el pobre arcadiario, de mala gana y con hiel echó a las reliquias mano.

—Esta es la pierna y rodilla del glorioso San Antero, dijo al darle una canilla.

Y contestó el embustero:—¡La otra tienen en Sevilla!

—Este, aunque algo deshecho, el pie izquierdo es de San Gil, dijo el *padre* con despecho.

Y respondió el zascandil:—¡En Sevilla está el derecho!

Miró el cura de través, y bufando como un potro,

—de Santa Polonia es, dijo, esta muela; y el otro:

—En Sevilla guardan tres:

Fué a contestar el vicario,

y por no meter la pata se encaró con el armario,

y un rico estuche de plata sacó de entre aquel osario.

Miró al terne, abrióle en pos, y luego con voz bravía,

—Son los ojos ¡vive Dios!

dijo, de santa Lucía; pero, observe usted... ¡los dos!

—¿Los ve usted?—¡Cuenta cabal!

dijo él mirando; ¡no es grilla!

y añadió con mucha sal:

Pos *misté*, será casual,

¡pero aún hay otro en Sevilla!

En un examen de doctrina cristiana:

—Dime, niño, ¿de qué materia hizo Dios al hombre?

—Del polvo de la tierra.

—¿Está muy bien; pero se me ocurre una dificultad. ¿Cómo estando hechos los hombres del mismo polvo, unos son blancos y otros son negros?

El niño se queda parado un instante y contesta:

—Es que a los negros los hizo de polvo de carbón.

¡Y luego dirán que los chicos carecen de lógica!

Un amigo mío iba un día en compañía de un inglés, cuando acertaron a pasar por delante de una librería católica donde se ven-

dían *bulas*. El inglés, al ver el anuncio, detuvo el paso y dijo:

—Voy a comprar una bula.

Y, en efecto, salió a los pocos momentos doblando la *Bula de la Santa Cruzada*, que traía en la mano y se la guardó en el bolsillo.

Mi amigo exclamó sorprendido:

—¿Cómo es que usted compra *bulas* siendo protestante?

—Muy sencillo—contestó el inglés—yo soy protestante de nacimiento, pero además soy miembro honorario de todas las religiones.

N lo que estamos

Una vez llamaron a cierto cura para asistir a un moribundo en ocasión en que iba a sentarse a cenar. No pudo disculparse y fué a ver al enfermo; le recitó todas las oraciones de los agonizantes; pero, en vez de morir, se tranquilizó un poco y pidió un vaso de agua.

En vista de la mejoría del paciente, el cura decidió retirarse, y llegaba a la puerta de la calle cuando fué llamado de nuevo por la familia, porque el doliente volvió a ponerse en peligro inminente de perder la vida.

El cura volvió a rezar y a lanzarle hisopos de agua bendita. Pasó una hora de larga agonía, y después abrió los ojos y tornó a pedir agua.

El clérigo, desesperado, exclamó hecho una furia:

—¡Qué agua, ni qué ocho cuartos! ¡A morir pronto, que es a lo que estamos!

Y aseguran que aquella vez el enfermo se murió de veras.

Un campesino se fué a confesar y dijo:

—Padre, me acuso de que me *desaparezco*.

—¡Jesús! ¿Y cómo es eso?

—Pues con la mayor facilidad.

—Pero, ¿a qué atribuyes estas cosas?

—Pues a que estoy embrujado.

—¿Y te desapareces cuando quieres?

—Cuando quiero y cuando no quiero

—¡Válgame Dios!

—Primeramente siento una comezón...

luego un cosquilleo... y después no tengo

más remedio que *desaparecerme*.

—No hay duda, tienes el diablo en el cuerpo. Voy a probarlo y a leerte los exorcismos.

El cura prepara sus trebejos y grita en alta voz:

—En nombre de Dios, ¡desaparece!

El campesino extiende los brazos, bosteza,

y al mismo tiempo se *desaparece*.

—¡Aaaaaah! ¿Lo ve usted? Ya me he

desaparecido una vez.

—¡Animal! Dijeras que te *desaparecías*.

—Pues eso era.

(FOLLETÓN 16.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

lla. Además, todo abordó de unos buques que podríamos llamar de «la cruz negra», ha de ser obscuro, lacrimoso, tétrico, propiamente sepulcral, en fin; de modo que poco ó nada ha de haber en ellos que alegre la vista ó contente el ánimo; y esto ha de contribuir también al indicado efecto. Y no se diga que cuando marchaban a Ultramar abarrotados de jóvenes reclutas que solían dejar oír sus vayas y alegre gritería, y sus canciones también, no habían de ser cosa de muy triste contemplación, porque cómo no había de inspirar honda pena el espectáculo de aquella juventud llevada a hacer durísimo servicio en un clima mortífero y a luchar en una incesante guerra de emboscada? A juicio de los señores del reino la patria lo exigía. Así, la patria habrá exigido también que la Trasatlántica haya venido a ser a los ojos del pueblo español y aun a los del mundo entero, una Compañía macabra. ¡Sea, pues, por la patria!

En sus primitivos comienzos esa Compañía inspiraba a los españoles, en general, sentimientos de otra especie. Entonces aquellos vapores, si no estaban a la altura de los mejores de otros países, si quiera en andar sólo les eran inferiores en un 15 por 100, y tampoco había más que neas verdaderamente de primer orden

que la Mala Imperial francesa y la inglesa de Cunard. Y, como el principal cometido de la línea española, que en aquella época llevaba el nombre de A. López y C.^a, era la conducción de correspondencia y pasajeros, lo hisopal no se había instalado abordó todavía con el predominio que tuvo luego cuando se estableció el servicio fúnebre.

Recordemos, si no, algunos de aquellos viajes primitivos, por ejemplo, uno del primer *Santo Domingo* de los dos ó tres de este nombre que ha tenido la Compañía en cuestión. Salió de la Habana en 15 de Septiembre, y en verdad que la estación era mala para atravesar el Atlántico y aquella fecha precisamente crítica, pues habiendo de hallarse el buque en medio del Océano hacia el 23 del mismo mes y rindiendo viaje en las proximidades del 4 de Octubre, nada más de esperar y de temer que encontrarse en la travesía con un temporal de los llamados entonces equinoccios ó con algún buen cordonazo del bueno de San Francisco.

Por esto eran muy pocos los pasajeros, de los cuales ninguno se embarcaba por placer sino por necesidad ó obligación, y tal cual por conveniencia que había de ser bien poderosa para impulsarle a afrontar peligro tan seguro. Unos cuantos oficiales de Ejército, dos ó tres de Marina y un paisano componían todo el pasaje de popa media hora antes de la salida, y sólo se presentaron luego un padre jesuita y otro escolapio que ahuyentaron con su llegada la última esperanza de buen tiempo, pues, por piadosos que sean los navegantes, tienen siempre a los de sotana por pájaros de mal agüero, más certeros en anunciar via-

je tormentoso que ninguna otra señal de las que en horizonte ó cielo lleguen a mostrarse.

Ya en camino, entablado nuestro conocimiento con toda la prontitud y escasa ceremonia que eran del caso, halláronse los unos a los otros personas muy tratables que venían a componer una alegre y armónica partida de naufragos presuntos; y fuera de aquellos momentos tristes y solemnes en que hubo de darse al cadáver de algún pobre soldado cristiana y marinera sepultura (esto era entonces poco frecuente), ó de lo más crudo del temporal, que efectivamente tuvieron, en toda la navegación reinó buen humor constante abordó de aquel vapor, a lo cual contribuyó mucho su renombre, inteligente y amable capitán Lastra, al que secundaban en tener contentos y satisfechos a los pasajeros los oficiales y empleados de abordó, entre los cuales se contaba el doctor Carranza, notable tresillista, y hombre de grande experiencia y carácter jovial. Sólo desentonaba en aquel cuadro el padre jesuita, aguafiestas que siempre se mostró en extremo adusto, aunque en rigor no puede decirse que poco comunicativo también, porque, aparte de pretender que todos los pasajeros se confesasen, sobre todo cuando se presentó el temporal, él mismo se confesó con el escolapio. Este, en cambio, se asociaba siempre a las bromas y jaranas de sus compañeros de viaje cuando no llegaban a desdecir de su carácter sacerdotal, lo cual sucedió muy rara vez, porque el capitán Lastra, amigo de reír é indulgente como era, no solía consentir verdadera exaltación de ningún género. Por esto no consintió

tampoco una a que se lanzó el jesuita, al cual, sin embargo, no dejó de aguantar muchas importunidades.

La extralimitación del buen padre de la Compañía de Jesús, a que acabamos de referirnos, consistió en haberse metido en el camarote de un enfermo grave a confesar a éste sin que nadie le hubiese llamado y sin habérselo dicho él a nadie tampoco. Grande, desagradable y nociva fué ciertamente la sorpresa del enfermo cuando se vió de pronto con aquel hombre y aquella pretensión; pero no fué floja la del padre cuando, enterado el médico, corrió éste al camarote y cogiendo de un brazo al confesor lo plantó en el pasillo increpándole y censurándole con las enérgicas razones que le pareció que merecía el caso. El capitán del vapor amparó después al médico en las obligaciones y derechos de éste como tal, y aunque entre los pasajeros se habló de que aquello podía costar a ambos algún contratiempo, dada la influencia que en España goza el clero en general y los jesuitas en particular, al fin no vino a suceder nada.

¡Cuán diferente habría sido el resultado durante el lúgubre contrato de los veinte años en el que esa influencia era propia y natural de aquel servicio! Por esto hemos dicho en cabeza de este artículo que no aconsejábamos al lector que se embarcase en vapores en que tan triste y lóbrega viene a ser la estancia, aunque el personal de abordó sea inteligente y apto y se esmere por su parte en ser también atento y complaciente

Dispepsia cerebral

La indigestión del saber

A LOS BUENOS ESTUDIANTES

El doctor Johnson sostenía que la impaciencia del estudio era la enfermedad mental de la generación presente. Esta impaciencia es una alteración morbosa hereditaria, producto del excesivo trabajo mental de las generaciones anteriores, entregadas al afán investigador en un ciclo científico de análisis. Los cerebros infantiles del presente vienen alterados con esta irritación mental, caracterizada por la comezón de la impaciencia del saber.

Debiera este fenómeno alarmar seriamente a los Poderes públicos y a la opinión para modificar los cerebros mediante un plan curativo de enseñanza. Pero para esto es preciso que de antemano se modifique el medio ambiente de las ideas, el clima moral en que vive el concepto vulgar de la enseñanza. Esta necesidad, que es europea y casi universal, es en España más grave que en parte alguna del mundo, porque este suelo nuestro ha producido siempre una sutileza moral y una agudeza mental para la que constituye un peligro cierto el excesivo estudio.

En España hace falta una sobriedad mental, como hace falta una sobriedad alimenticia para adquirir el máximo del vigor intelectual ó físico. Del mismo modo que el estómago no soporta aquí lo que comería un alemán en Berlín, tampoco el cerebro de nuestros estudiantes puede soportar la cantidad de conocimientos necesarios que necesita un estudiante alemán para darle el máximo de su tensión cerebral.

La historia de que el saber no ocupa lugar, está mandada recoger; el saber ocupa el peor de los lugares, y en los pueblos y en los hombres que tienen una verdadera agilidad mental, el excesivo saber es el mayor embarazo de su acción.

Ya es un frenesí éste que nos ha acometido de la sabiduría. El saber, jamás es un fin; es un instrumento del poder en los hombres, y en los niños es un medio de desarrollo del entendimiento por el ejercicio cerebral.

En un pueblo como este nuestro, que necesitaba una alimentación cerebral sobria para producir el máximo de su energía mental, una cursilería científica ha empujado a las generaciones pasadas y presentes, y está a punto de producir un verdadero trauma en las generaciones venideras.

Decía Robertson Brighten que la lectura mezclada y excesiva debilita el entendimiento y acaba por constituir un hábito mecánico, como el de fumar, acabando por ser la más perezosa de todas las ociosidades y acarreado por sí misma una impotencia mental mayor que cualquier otra. Si esto dijo del estudio que degenera en lectura viciosa por lo excesivo, como la alimentación degenera por exceso en glotonería, ¿qué no había de pensar de unos planes de enseñanza que, desde los párvulos hasta los adultos, en cerebros predispuestos a la impaciencia del estudio, a la glotonería mental, se les atraca inmoderadamente con todo género de materias, y la mayoría en extractos, en jugos de ciencia indigesta, en verdadera *café científica*?

Para que quepan muchas, se aprenden ahora ciencias en diez ó doce lecciones extractadas y convenientemente rotuladas. Y menos mal, cuando son simplemente preparados científicos indigestos y no son adulteraciones nocivas ó constituyen por su mezcla en el cerebro verdaderas materias detonantes.

Desde que entró esta manía científica en los planes de enseñanza, los hombres del saber en España cada día saben menos al acabar sus carreras. La indigestión del saber produjo en todos los cerebros una verdadera dispepsia, un estrago que no les permitía digerir otra cosa que superficialidades, pero éstas devoradas a la continua, con la voracidad insaciable de su predisposición mental, apta para la glotonería científica.

De esta predisposición mental, los únicos que salieron gananciosos fueron los abogados y los literatos; pero los demás quedaron incapacitados para toda acción fundamental y sería que fuera expresión de su poder en ciencias y en artes.

Estas generaciones pasadas y presentes han legado a la venidera un verdadero trauma, una verdadera lesión cerebral. Como el atracción de estudios y de pseudo-ciencia ha ido creciendo como una marea, ahora estos cerebros jóvenes parecen verdaderas esponjas, lo absorben todo; pero en cuanto tratéis de ejercer alguna presión sobre ellos para acometer una acción, toda la sabiduría se les va a chorros y de una vez.

Es un crimen lo que se está haciendo con los muchachos y con los hombres en España en materia de enseñanza. Tan saturados de ciencia salen de las aulas al acabar sus carreras los jóvenes, que no leen ni quieren leer libros, revistas profesionales, ni aun periódicos. Hay una verdadera crisis de lectura, una verdadera *alfabetofobia*; y cuando el Estado trata de acometer la obra de acabar con los analfabetos, los hombres dispépsicos por la ciencia é indigestos por la sabiduría mal empleada en el concepto oficial, suspiran por los analfabetos, si no como por un estado de perfección, por un estado de salud.

Se ha estragado y se ha quemado por el abuso de abonos pseudo-científicos la energía mental española. Hace falta un ministro de Instrucción pública que limpie de pedantería científica todos los planes de estudios, desde los de los párvulos hasta los de las Academias militares, que son ya el *sumun del sumun* del atropellamiento científico.

Si no se hace esto, los padres vamos a tener que recurrir, para hacer nueva España, á desalfabetizar á los chicos para que sirvan en su día para algo. Y así empezaremos á trocar en España «el cuánto sabe» por el «cuánto puede». Cuando pudimos cosas en la historia servimos para algo. En cuanto hemos sabido cosas, no hemos servido para nada. Entronizada otra vez nuestra sobriedad intelectual, la raza dará de sí toda la intensidad de su poder. Nuestra lengua es la mas sobria y austera del mundo; nuestra ciencia y nuestras artes lo fueron también. ¿Qué se quiere con la enseñanza obligatoria? ¿Estragar el mayor número de cerebros? Cuidese antes de que no repugne la enseñanza por la manera de administrarla y de que no se dé el fenómeno lamentable en las clases cultas de que cuando más se enseña menos se lee.

Ya Pestalozzi llegó á sostener que la enseñanza intelectual por sí misma era perniciosa para otros pueblos; ¿qué no hubiera dicho de un pueblo como el nuestro, dotado de una agudeza y sagacidad intelectual sin par, al ver el error en la enseñanza de acumular materias para indigestar el cerebro y henchirlo de flatulenta presunción?

Por si algo faltaba, este Estado que así rellena en las aulas á sus individuos de sabiduría, los taponas, rotula y clasifica por la sabiduría almacenada con diplomas que habrán de servirles de eterna jerarquía en su carrera para la clasificación oficial. El que alcanzó una clasificación buena no necesita saber más, y el que la alcanzó mala harlo le durará en la vida la repugnancia con que alcanzó el inútil y el forzado saber. De seguir así las cosas, la enseñanza general obligatoria será el embrutecimiento general de España, y ya pueden para ese día, despertado el general aborrecimiento á las letras y al saber, prepararse á cerrar el 50 por 100 de los establecimientos en las artes de imprimir.

RICARDO BURGUETE

DE LOS MAESTROS DE ESCUELA

A diario repetimos las siguientes ó parecidas palabras: «la regeneración del pueblo español ha de ser obra de los maestros de escuela». Y los que á diario, y casi siempre en el café, repetimos estas palabras, nos quedamos tan creídos de que lo hemos dicho todo. Y nunca nos preguntamos ni por casualidad: «¿Y qué clase de maestros de escuela serán los encargados de redimir á España? ¿Qué clase de maestros?» Porque hay—aunque no queramos enterarnos,—muchas clases de maestros de escuela, como hay también muchos sistemas de enseñanza.

Hay maestros—no soy competente para ocuparme de los sistemas de enseñanza,—maestros, digo, que conocen el alma de los niños siempre transparente y blanca, porque ellos en sus cuerpos de hombres maduros ó viejos tienen eternamente el alma candorosa, ingenua y alegre de sus primeros años, un alma sencilla que no corrompió el ambiente social ni doblegaron libracos y disciplina; existen estos maestros con vocación y fe de apóstoles, pero no abundan, por desgracia. Los que sí abundan son los amargados por la escasez y los que no sienten amor á la misión hermosa de enseñar al que no sabe, porque estos maestros entran en la escuela sin consultar ó contrariando sus aptitudes y su temperamento.

Los maestros que comprenden y aman á los niños y cultivan sus tiernos cerebros vírgenes aún de preocupaciones, podrían, ayudados por los hombres de voluntad, *hacer* hombres, hombres... Los pobres maestros que no ven en su profesión más que una obligación penosa y salen del paso ajustándose á un programa cerrado y absurdo, esos maestros, no *hacen* hombres; esos maestros de escuela son, sin darse cuenta del mal que hacen, verdugos; verdugos inconscientes que agarrotan los cerebros, anulando la espontaneidad y la alegría de los niños.

En manos de los maestros de escuela—¿quién lo duda!—está ciertamente el porvenir de los pueblos. Ellos—los buenos maestros emancipados de prejuicios funestos—logran *hacer* hombres llenos de la propia confianza, capaces de bastarse á sí mismos... sin el temor á espantajos ridículos y absurdos...

Los hombres de hoy somos las víctimas de los brutales maestros de ayer—los de «la letra con sangre entra»—que nos arrancaron de niños instintivas y bellas rebeldías suplantándolas con fingimientos y servilismos abrumadores.

Nosotros, repito, somos las víctimas de nuestros pobres, autoritarios y rutinarios maestros de ayer. ¿Y los parecidos maestros, que hoy abundan, son los que han de ayudar á la regeneración de España? Ellos, los parias y humildes, ¿han de forjar las altivas y ricas almas que abran las puertas al porvenir? No; ellos, los que no sientan como los niños, no podrán ni intentarlo...

...Si la enseñanza se emancipara de la esclavitud que le impone quien la paga dejan-

do á los maestros—¡a los buenos maestros!—en libertad de acción... y además éstos y los escolares comieran lo necesario y no se engañaran los estómagos con porquerías, tal como sucede hoy en España no solamente á los maestros y á los escolares de familias pobres sino al sesenta y cinco por ciento de los que la poblamos, anémicos hereditarios; si por arte de encantamiento—¿de qué otra manera?—tal cambio se operara, entonces sí sería bastante lo que habitualmente repetimos: «la regeneración del pueblo español ha de ser obra de los maestros de escuela» porque entonces éstos, al calor del amor y el saber, forjarían las heroicas almas que sacaran al pueblo del estancamiento en que vegeta... Pero mientras tanto, no.

SALVADOR ROMERO LÓPEZ

SE AGRADECE

En Jerez de la Frontera, los hermanos de la cofradía de Jesús Nazareno se disgustaron porque no salió la procesión de Semana Santa, aunque hacía buen tiempo. ¿Qué tontos! Pues por lo mismo que hacía buen tiempo debían haberse alegrado de echar una cana al aire, dejándose de procesiones.

Verdad es que les andaba la procesión por dentro, y censuraron duramente al presbítero mayordomo de la cofradía; el cual se hizo el sordo á las censuras, porque no eran eclesiásticas, sino seglares, y, como diría él, ahí me las den todas.

Pero los cofrades jerezanos no pararon en eso; sin duda leen El Motin y algo se les pega; reclamaron sus treinta reales de cuota, con que contribuyen á los gastos de procesión, haciéndose las siguientes reflexiones: Si el señor presbítero y mayordomo me encarga unas botas, ó un sombrero de teja, ó lo que fuere, y yo no se lo entrego, él no me entrega los cuartos, y si me los hubiese entregado anticipadamente, cosa inverosímil en presbíteros, me los reclamaría. Es así que yo le adelanté el importe, cantidad alicuota, de la procesión, y que él no me ha proporcionado la parte de procesión correspondiente, pues obro en justicia reclamando mis treinta reales; ni céntimo menos ni más.

Entre los varones reclamantes (ya merecen el nombre de varones) había unas cuantas mujeres contaminadas del feminismo militante, que reclamaron el importe del alquiler de unas tónicas (tres pesetas por barba, porque estas mujeres deben de tener toda la barba); y unos y otras, viéndose desatendidos por el cura mayordomo, han comenzado á darse de baja en la Cofradía nazarena y se van pasando al bando contrario.

Vengan aquí cuantos quisieren; siga el descuaje del clericalismo... y muchas gracias á los señores clérigos que nos ayudan en la tarea de descatalogar á España. Nos dan hecho la mitad del trabajo. Es de agradecer.

El masoquismo de San Vicente

San Vicente, lector amado, es un pueblo de mil vecinos situado en la provincia de Logroño, á diez kilómetros de la culta ciudad de Haro. Como en Sevilla á las procesiones de Semana Santa, han acudido á aquella villa el día del viernes llamado santo los extranjeros, atraídos por la no envidiable fama que le dan los *disciplinantes*.

Se ha fantaseado mucho sobre el misticismo de aquellos labriegos. Relatos espeluznantes han escrito plumas que por mucho tiempo nos apartaron de aquel lugar, rincón escondido que la bárbara Edad Media guardó para que los incrédulos de la historia antigua testimoniaran en la contemporánea los recuerdos luctuosos de la edad para siempre pretérita. El fastidio que la hipocresía de estos días invadió nuestro ánimo, hizo flaquear la voluntad que tantos años puso el acto á la presencia de tamaño ultraje la humanidad, y allá nos fuimos cinco amigos en averiguación de la verdad. Un buen trono de caballos, haciendo rodar con facilidad el ligero faetón que nos sustentaba, alivió pronto á la accidentada carretera del matraqueo que la molestaba, y entramos en el levítico pueblo á las cinco de la tarde del viernes santo 9 de Abril de 1909.

La soledad ocupaba los ámbitos de la villa. Las piedras de su desvenezado pavimento se vengaban de los intrusos, de los relapsos que en tan solemne día íbamos á turbar su paradística quietud causándonos esguince en los pies y desperfectos en el calzado. Creíamos terminada nuestra pasión al llegar al *Centro de labradores*, y ello no fué más que el deseo. *Doña Soledad* nos despidió con su elocuente silencio expresivo de que aquella era la primera estación de nuestro calvario.

Con la cruz á cuestas—quiere decir, con nuestros abrigos—emprendimos nuestro *via crucis* hasta la segunda estación, el Círculo republicano. Buenos amigos encontramos que nos apagaron la sed, dejaron que secá-

ramos nuestras fauces con nuestros pañuelos, y con alguna repugnancia accedieron á nuestros deseos acompañándonos á la *casa social* (1) de los *disciplinantes*.

Es un edificio de un solo piso y de sucio aspecto. Una bandera negra en cuyo centro se leía, *La santa penitencia*, asomaba por la única ventana rival digna en mezquindad del resto del inmueble. Las paredes laterales de la escalera nos servían de sostén, cuando los traspasés á que nos obligaba la destartada escala reclamaban nuestro auxilio.

En el descansillo hacía centinela á una pequeña mesa que sostiene un más pequeño crucifijo, un mudo (todo es simbólico) que se apresuró á encender dos velas de esperma, que con el mudo completaban la escolta del crucificado, (quiere decir; que cargó las armas, descargadas hasta entonces para evitar despilfarros). Para pasar á lo *sala de actos* hubimos de sufrir clementemente el sahumero de la obscura cocina alumbrada por las cepas que con paciente mansedumbre se quemaban en el fogón y se vengaban á su manera haciendo acudir las lágrimas á nuestros ojos. Ya en presencia de los hierofantes, nuestra curiosidad fué motivo de recelo. Los sacerdotes del *picado* (1) se picaron un tanto, no lo suficiente que les impidiera permanecer sentados sin descubrirse al ver nuestras cabezas (sólo la mifa blanca, no hay que exagerar).

Una vueltecita al Cristo y unas perras chicas al platillo que el Redentor miraba, ahuyentó la desconfianza, y el gran sacerdote nos puso al corriente de los instrumentos del suplicio de estos auto-celotes.

Unos trajes de *bebé* dejan al descubierto un rectángulo en la espalda que, completamente libre de otras vestiduras, recibe los golpes que el mismo individuo se propina con unas madejas de delgado hilo trenzado. Nos aseguró el descendiente de Eumolpidas haber adquirido un inglés una madeja de aquéllas, teñida en la sangre del martirio (¡atizal!), en cinco libras esterlinas. Y luego, con la sustancia aderezaría el té, le dijimos. Más prudente que nosotros, ó por ignorar lo que es el té y no confesar su ignorancia, calló el sacerdote.

Ya en franquía, volvimos al Círculo republicano para presenciar el paso de los futuros *picados*.

Ya vienen. Unos muchachos, envueltos en capuchones harapientos, llevando en sus manos cruces, les preceden. Viene uno solo. Con la diestra mano sacude por encima de sus hombros, derecho é izquierdo, la desnuda espalda con la madeja de lino; se congestiona la parte inferior, y un maestro de ceremonias le toma la cabeza entre sus piernas, y con un disco de cera, de cuya circunferencia salen cristales, le pincha; la sangre salpica á los muchachuelos; los muchachos, en pequeño número (lo consigo con justicia y satisfacción), de la escuela, entonan un cántico igorrote, de dos notas, y vuelta á empezar.

Ocupan las laterales de la calle (no hay que pensar en aceras) unos cuantos varones, que ven aquello con la mayor indiferencia, como las explotadoras de prostitutas ven el sacrificio de sus pupilas, y tres sacerdotes aburridos cierran, tras una Soledad, la procesión, que tiene como apéndice una cuarentena de mujeres con mantillas destechadas y rostros aún más destechados por la suciedad que en su cara han repartido sus manos al enjugarse las lágrimas que há poco, contándoles los dolores de la Virgen, les ha hecho verter el predicador.

Distanciados de la procesión van unos cuantos postulantes solicitando de los balcones una limosna *para alumbrar al Señor*. Los espectadores no parece se interesan mucho porque alumbren ó dejen abrasar al Señor; á juzgar por la media docena de *perros chicas* que lleva cada bandeja.

El espectáculo causa más impresión relatado que visto. Aquellos movimientos epilépticos del disciplinante acorrido por los muchachuelos en su ir y venir de la cabeza de la procesión á la Virgen, le dejan á uno la impresión de los titiriteros que se dejan romper una piedra grande sobre el pecho. El poco interés de los que van en la procesión por los zurriagazos que el mártir (?) se sacude, la indiferencia de los sacerdotes, llevan al ánimo la impresión de la comedia. No hay grandeza. En vez de prepararse con meditaciones y otra clase de ejercicios espirituales para los latigazos, se echan cuatro tragos (2) para no desmayar en el momento oportuno.

Y elevando un poco la puntería, acaso pensemos con Pascual Rossi, cuando dice: «En la hipnosis podemos producir artificialmente los contrastes de placer ó de dolor, sea que se desenvuelvan en el tiempo solo, de un modo coexistente, dando á la mitad del cuerpo del hipnotizado actitud de placer y á la otra mitad de dolor».

En cuyo caso podremos colocar á estos sujetos entre los degenerados masoquistas, cuyos vicios tan claramente describe Edmundo González Blanco en su *Feminismo*.

VIRGILIO GARCÍA ACHA

Haro, Abril 909.

(1) Picado se llama aquí á la carne con que se hace el chorizo y también llaman «picados» á los disciplinantes.

(2) Locución vulgar, cuatro; lo mismo son cuatrocientos.

La cuestión del día

Nada se ha adelantado durante la semana última en el esclarecimiento de los hechos apuntados en la denuncia presentada contra el gobierno por el Teniente Coronel del Cuerpo Jurídico de la Armada, D. Juan Macías.

El resumen de lo ocurrido durante los siete días últimos, lo hizo *El País* del lunes en esta forma:

Lunes 19.—Estalla la noticia de que un Teniente Coronel y asesor del ministerio de Marina, ha presentado una acusación en el Congreso. La sensación es imponderable. Los diputados Soriano y Nougues hacen preguntas que nadie contesta. Impídeles hablar el Sr. Dato. Los presidentes del Consejo y del Congreso no saben qué hacer.

Martes 20.—Se acuerda pase a la Comisión de peticiones, la del Sr. Macías. Se hace público el documento siguiente:

Juan Macías y del Real, doctor en Derecho, licenciado en Filosofía y Letras, teniente auditor de primera clase de la Armada, jefe del negociado del personal del Cuerpo Jurídico y auxiliar de la asesoría general del ministerio de Marina.

Al Congreso de los diputados presenta esta denuncia, que comprende los puntos siguientes:

1.º Al dictarse las dos Reales órdenes fechas 4 de Febrero de 1909 y 14 de Abril del mismo año, se han cometido por el ministro de Marina dos delitos, definidos y castigados en el párrafo 1.º del art. 369 del Código Penal, que dice:

«El funcionario público que, a sabiendas, dictare ó consultare providencia ó resolución injusta en negocio contencioso-administrativo, incurrirá en la pena de inhabilitación temporal especial en su grado máximo a inhabilitación perpetua especial.»

2.º Los acuerdos tomados en Consejo de ministros que han servido de base a las dos Reales órdenes de las citadas fechas 4 de Febrero y 14 de Abril de 1909, constituyen dos delitos definidos y castigados en el párrafo 1.º del art. 369 del Código Penal común, de los que son responsables los señores que componen el Consejo de ministros.

Al presentar esta denuncia el que suscribe, lo hace con la esperanza de que exista número suficiente de señores diputados que estimen como inexcusable deber presentar la proposición acusatoria a que se refiere el artículo 55 de la ley de 11 de Mayo de 1849, que dispone la tramitación necesaria para exigir responsabilidad a los ministros por delitos cometidos en el ejercicio de sus funciones.

Ya sabe el firmante que al hacer esta denuncia arriesga por lo menos el ridículo ó la indiferencia, pues esta clase de actos son ciertamente desusados cuando se trata de combatir las injusticias de los poderosos; pero sabe también que es incompatible con sus deberes de español y de funcionario público el no cooperar a la recta administración de justicia y el hacerse moralmente cómplice, siquiera sea con la complicidad del silencio, de las tristes consecuencias de los hechos realizados que envuelven un escandaloso empleo de los caudales públicos y un desprecio irritante para los que algún día expondrán su vida y su honor en barcos inútiles y peligrosos que no han de servir, y el tiempo se encargará de demostrarlo, para los fines de la defensa nacional.

Los señores diputados encontrarán la prueba de las afirmaciones contenidas en esta denuncia al examinar la documentación que constituye el expediente respectivo y los demás elementos de juicio que estimen oportuno reclamar.—Juan Macías.

Hablan en el Congreso los Sres. Nougues y Vega Seoane, pidiendo documentos. El Sr. Canalejas pronuncia un gran discurso. Al salir de la Cámara es ovacionado por los grupos estacionados en la Carrera de San Jerónimo. Hablan también los Sres. Moret y Urzáiz.

Miércoles 21.—Grandísimas precauciones en el Congreso y en las calles inmediatas. A las tres y media de la tarde entra en prisiones militares el Sr. Macías. La noticia conmueve ó indigna a la opinión. Se lee el dictamen de la Comisión. Apoya, en un razonado discurso, una enmienda el Sr. Nougues. El Sr. Maura le contesta sosteniendo la tesis de que deben acusar siete diputados y sino acusan el asunto quedará resuelto con la votación del dictamen. Oportunísima intervención del Sr. Urzáiz combatiendo ese propósito. Se hacen detenciones en la calle. Se dan cargas para disolver grupos. El que sigue a Canalejas es disuelto, en la plaza de Santa Ana, violentamente. El Gobierno no explica los motivos de la prisión del Sr. Macías. El Sr. Cierva es silbado estrepitosamente desde el Congreso al ministerio.

Jueves 22.—Mayores precauciones. El Gobierno teme. El Sr. Sol y Ortega pregunta en el Senado por qué ha sido procesado

el Sr. Macías; todavía no ha obtenido respuesta. El Gobierno envía al Congreso los documentos que se había negado llevar al expediente. El Sr. Moret apoya su proposición logrando que el Sr. Maura acceda á que el Congreso oiga al Sr. Macías. Interviene el Sr. Azzati y promueve un alboroto. El Sr. Giner de los Ríos hace intencionadas indicaciones sobre la forma de escuchar al Sr. Macías. Pide el Sr. Maura una prórroga de veinticuatro horas para resolver. Se deja al Sr. Dato que resuelva. A las cinco y media de la tarde son conducidos Romero Arroyo y los detenidos el miércoles, desde el Juzgado de Guardia á la Cárcel Modelo, atados codo con codo. La policía practica muchas arbitrarias detenciones. En la Comisaría del distrito del Congreso hay 61 detenidos; en la del Centro 20. A los trasladados al Juzgado de guardia se les trata indignamente.

Viernes 23.—El Sr. Dato llama al Congreso al Sr. Macías, quien es conducido al despacho del presidente. Le interroga éste para que diga en qué partes del expediente funda su acusación. El interrogado se niega á declarar alegando su condición de procesado. En las Cortes se censura enérgicamente al Gobierno por los desafueros cometidos el día anterior. Da cuenta el presidente del Congreso del acta en que consta la negativa del Sr. Macías. Se continúa discutiendo la proposición Moret, que es desechada por mayoría de votos. En las calles, las mismas precauciones y nuevas detenciones. Se dan cargas de caballería, en una de las cuales corre peligro el general Weyler. Se oyen toques de atención que promueven alarma. Practícanse muchas detenciones, pero solo á seis detenidos se lleva al Juzgado. Los detenidos el día anterior son conducidos, sin atar, á la cárcel.

Sábado 24.—Nuevas censuras al Gobierno por sus atropellos. D. Melquíades Álvarez pronuncia un gran discurso en apoyo de otra proposición, parecida á la del señor Moret, que es retirada. El Sr. Maura vuelve á provocar á siete diputados para que sostengan la acusación de Macías. Solo dos, los señores Nougues y Azzati, se han mostrado propicios á hacerlo. En las calles, ninguna precaución, con lo que cesa el desorden. El ministro de Gracia y Justicia visita el Juzgado, el director de Penales se entera en la cárcel del celo con que se custodia y atiende á los detenidos. El digno juez del Centro pone en libertad á 19 detenidos. El juez del Congreso eleva á prisión la detención de seis detenidos y pone á cuatro en libertad. Se declara excedente al Sr. Macías y se le somete á un nuevo proceso. Los detenidos en la cárcel son visitados por muchísimas personas. En casa del Sr. Macías se reciben millares de tarjetas, cartas y telegramas.

Y tras el paréntesis del domingo volvemos á encontrarnos hoy lunes 26 en la misma situación en que estábamos el martes de la semana pasada: el dictamen de la Comisión proponiendo el absurdo de enviar á la presidencia del Consejo de ministros la mal llamada petición del Sr. Macías para que el Sr. Maura la envíe al ministerio.

El lunes fueron puestos en libertad todos los individuos presos, excepto D. Modesto Moyrón, César Ballesteros y Ricardo Zozaya, que con otros 33 quedaron procesados, si bien éstos fueron puestos en libertad provisional.

Estos son los hechos hasta la tarde del lunes, en que se cierra el presente número de EL MOTÍN.

DUDAS

Declaro que no sé qué pensar de todo esto.

Veo por un lado al gobierno desconcertado desde que se enteró de la denuncia, contradiciéndose á cada paso, cometiendo torpezas, perpetrando atropellos, deseando que se le dé un pretexto para ahogar en sangre el grito de protesta lanzado por la opinión, justamente alarmada...

Veo por otro lado á las oposiciones enardecidas á ratos, y á ratos vacilantes; ora acorralando valerosamente al gobierno, ora perdiendo en escaramuzas un tiempo que deberían aprovechar para dar la batalla, si por fin hay que darla...

Y me pregunto:

¿Por qué no acusan éstas, si hay materia?

¿Por qué vacila aquél, si nada teme?

Sería injusto y contraproducente atacar al gobierno si no hubiera motivo: se le rehabilitaría en parte. Pero si lo hubiere, sería cobarde y antipatriótico no hacerlo. Y con brío. Y cuanto antes mejor.

Despéjese pronto esta atmósfera de dudas en que nada ganan, ni el gobierno ni las oposiciones. Y sepa á qué atenerse el país,

que es, en último término, el que paga siempre las torpezas é immoralidades de los unos, la falta de energía y civismo de los otros.

El procedimiento que se sigue servirá únicamente para arrojar sombras sobre la conducta de todos.

CASO EXPLICABLE

A los que se extrañan de que la opinión haya acogido desde luego la denuncia como fundada, habría que preguntarse:

¿Y por qué? ¿Acaso la Restauración ha sido otra cosa que una serie no interrumpida de negocios oscuros?

Desde el ferrocarril del Noroeste hasta la concesión de los monopolios ¿cuánto no se ha dicho? El que no se haya intentado probarlo, únicamente demostraría que aquí nadie tiene confianza en que la justicia prevalezca por el sólo hecho de ser tal justicia.

En un país como el nuestro, en que no hay grandes empresas industriales, ni el comercio tiene desarrollo, ni la agricultura da apenas para vivir modestamente, ¿cómo han podido improvisarse grandes fortunas? Por el robo legal. Esto es indiscutible.

Y siendo así, y habiendo esos precedentes y esos ejemplos, ¿qué de extraño tiene, repito, que la opinión haya admitido desde luego como cierta la denuncia?

De no haberlo hecho, habría que haber renegado de la experiencia como enseñanza y aviso. Si los restauradores han dado tantas pruebas de inmoralidad ¿por qué admitir que los actuales gobernantes no pudieran darlas, no precisamente por ser fulano y Zutano, sino por ser tales restauradores?

Y hablo así, en la hipótesis de que se demuestre que el Sr. Macías no haya acertado.

A Juan Macías

Todo el mundo oficial contra ti, persiguiéndote con saña inaudita.

Esto no probará que tienes razón, pero sí prueba que ellos no tienen la serenidad necesaria para resolver imparcialmente en los casos difíciles.

No sé si has acertado ó te has equivocado al presentar la denuncia, pero admiro lo que has hecho; si acertaste, por tu civismo; si no, por tu intención.

Cuando se sacrifica lo que tú has sacrificado por decir la verdad, ó lo que por verdad tenías, adquiere derecho á obtener el aplauso público en el primer caso; el respeto de todos en el segundo.

Por esto, sea cual fuere la suerte que te quepa, ten por seguro que todos los hombres dignos te tenderán su mano enorgullecidos. Siendo la intención honrada, ¿qué importa el triunfar ó el fracasar?

Y tú siempre serás, aun suponiendo que te hubieses equivocado, un hombre que quiso prestar un servicio á su patria, servicio que nunca le prestarán los que alaban en público lo que en secreto condenan, los que transigen con todas las infamias afortunadas, los que callan ante todas las injusticias triunfantes.

Y esto te honrará siempre, y más habiéndolo realizado en unos tiempos en que nadie se expone á perder, no digo ya una posición brillante, ni un minuto de tranquilidad por nada que no le interese especialmente.

INCONCEBIBLE

Llega á mí á última hora la noticia de que el Sr. Morote ha defendido al gobierno en el Congreso por no haber encontrado en el expediente motivo de acusación.

Aparte de que no es posible que en tan poco tiempo haya podido estudiarlo bien, se me ocurre esto:

Un republicano puede y debe no acusar al gobierno si no encuentra motivo fundado, pero no defenderle; ¿qué les deja entonces á los ministeriales?

Por esto necesito leer mañana lo ocurrido para creer que un diputado republicano haya podido cometer esa...

La sombra Comillas

Claudio López, el segundo marqués de Comillas, como pudiera serlo de Puntillos, ó

de Casa López, ó del Billeto de Banco, pasará á la Historia. No ciertamente con la gloria del caudillo militar ó del estadista; no escrito su nombre en el catálogo áureo de los sabios, ni en el de la brillante pléyade de los poetas; no como filántropo bienhechor, fama accesible á las inteligencias más rudas, ni como prócer, ni á título de noble de abolengo, envuelto en vetustos pergaminos. Tampoco lo mencionaría Clío entre los eruditos ni entre los oradores, ni con los escritores ó los filósofos, ni con los jurisconsultos émulos de Demóstenes y de Papiniano. Ni aun será reputado como un segundo Parnell, un De-Maistre ó al menos un Veuillot ó un Nocedal, esos *zelotes* ó macabeos de levita, adalides incruentos de la más sanguinaria de las religiones.

¿En concepto de qué guardará la Historia el nombre de uno de tantos López? En el negativo de sombra oscuriente, ejecutora de ajenas pontificias voluntades. D. Claudio no es ni puede ser más que eso. Su padre, de quien mucho se ha hablado, mal y bien; de cuyos hechos un cuñado suyo, Brú, escribió un libro, merecería ó no los dictados que lo adjudicara su tiempo; mas era innegable que de pobre había sabido llegar á multimillonario sin haber nacido en Boston ni en Chicago; fué conquistador á marchas forzadas de la fortuna, é indudablemente no pequeñas dosis de talento y de audacia es preciso reconocerle, siquiera no realizara él sólo aquellas conquistas.

Su hijo no puede ser incluído más que entre los hijos de hombres que algo hicieron. Los Gasset, por ejemplo, que se encontraron hecho *El Imparcial*, y no lo han mejorado ni mucho menos, pero uno de ellos, envuelto en sus hojas, ha sido y volverá á ser ministro. El hijo del general Serrano, que no ha hecho nada; los hijos del infante D. Enrique de Borbón, el hijo de Prim, los hijos de Salmerón, el hijo de Maura, excelentes, honorables personas, que nacieron al arrullo y sombra de una gloria, de una fortuna, de algo ya formado, que ni siquiera han agrandado porque de crearlo tampoco son capaces. Las grandes empresas agotan, sin duda, á sus autores, al extremo de no dejarles número que legar á sus descendientes. El hijo de Cicerón es una prueba de esta ley; otra, el de Wagner; el de Dumas, una excepción.

¿Pero no ha dado vida D. Claudio á las colosales empresas que preside? Ni son colosales, pues el mucho tamaño no es grandeza, ni él les da la existencia, ni realmente las dirige. Pasivo por naturaleza, no es más que un dirigido. Cada movimiento suyo denuncia el tirón de un hilo cogido por más diestra mano, que no queda á la vista.

Todo eso de la dirección hábil son voces de los cronistas de cámara del marqués pontificio. ¿Había de carecer de ellos sobrándole el dinero? Los grandes de la antigüedad se daban el gusto de tener bufones. Estos seres representaban la alegría que filosóficamente quebrantaba la adustez de aquellos palacios y castillos. Del cronista no se ocupaban; creían segura su fama. Acaso López, el padre, si le hubiera quedado tiempo y hubiera sido de moda el bufón en sus días, habríase permitido el lujo de exhibir uno. El hijo no, porque es refractario á la alegría, es bilioso y dispéptico. No logran alegrarlo ni los millones, ni la posición, ni los fáciles triunfos que le dan hechos, ni el verse casi dueño y árbitro con el papa de toda una nación, al extremo de que podríamos escribir en los muros de su palacio algo semejante al verso que Virgilio pusiera en el de César:

Divisum cum Papa, imperium López habet.

Así Comillas no se ocupa de las artes; carece acaso de la emoción estética; ni de las ciencias, que no sabe ni comprenderla; ni de la literatura. Mecenaz no podía tal vez ser un Ovidio; pero López seguramente no puede ser Mecenaz.

Está explicado por qué no pensó jamás en tener bufones; por qué en su palacio no se ve á un Ariosto como en el de Lucrecia Borgia, ni un Pico de la Mirandola como en el de Alejandro VII; pero sí que hay cronistas, esos que probablemente llevarán ya varios años confeccionando una biografía esplendente, y de vez en cuando llevan á los periódicos que insertan á duro por letra, no por línea, el anuncio de la Trasatlántica, enciclopédicos artículos, en los que se dice que el marqués pontificio (esto de pontificio lo digo yo) es un águila financiera á lo Mercurio; un Júpiter tonante del comercio y de la industria; un Neptuno de los mares, cuyo *quos ego* se oye del Mediterráneo al Océano Índico; un Plutón del reino mineral; un portento de oratoria... silencio, de ciencia política y de cultura; ítem más, admirable prodigio de actividad que trabaja ¡catorce horas diarias!, el doble de un ganapán, y viaja llevando en su coche un despacho para no perder hora de trabajo, lo mismo que l'anté y otros *virtuosi* del piano llevan en el tren su teclado mudo para ejercitar los dedos.